

Biblioteca de cultura popular

TOMO XXIII.

Alonso de Castillo Solorzano.

**La inclinación
española**

EDICIÓN
ANGELA D. DE ROVERA
(3.000 ejemplares)

G-F 9303

Patronato Social de Buenas Lecturas

FUENCARRAL, 136.—MADRID

OBRA SOCIAL DE LOS PREMIOS

* * PERSONALES. * *

Insértase en este lugar, para edificación de todos y honra de ellos, la relación de buenos católicos que desde la primera insinuación del Patronato Social de Buenas Lecturas han acudido con su dinero para la fundación de premios á las lecturas sanas. (1)

Excmo. Sr. Marqués de Comillas, (Madrid), un premio anual de 500 pesetas.

Srtas. Juana y Rosa Quintiana, (Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Divisibles en dos ó más premios en caso necesario.

Excmo. Sr. Conde de Villafuertes, (Vitoria), un premio anual vitalicio de 500 pesetas.

Sra. D.^a Angela D. de Rovera, (Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Divisibles en dos ó más premios en caso necesario.

Sra. D.^a Justa Sundheim de Doetsch, (Huelva), un premio temporal de 125 pesetas anuales.

Sr. D. Eusebio Giraldo Crespo, (Medina del Campo), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales.

Sr. D. José Ignacio de Urbina, (Madrid), un premio anual vitalicio de 250 pesetas.

Excmo. Sr. Marqués del Sauzal, Villa de Orotava (Canarias), un premio temporal de 250 pesetas anuales, en honra de sus finados padres.

Excma. Sra. Marquesa de Villafuerte, Garachico (Canarias), un premio temporal de 500 pesetas anuales.

Excmo. Sr. Conde de Cirat, (Rentería), un premio temporal de 250 pesetas anuales.

Continúa en la 3.^a página de la cubierta.

(1) Los nombres de los Sres. Fundadores se insertan por el orden de fechas de las fundaciones.

D&CL
A

La inclinación española

c.1200892
t.115806

La inclinación española

Biblioteca de cultura popular

TOMO XXIII.

N. Tordesillas - 1584

Alonso de Castillo Solorzano.

La inclinación

española



Patronato Social de Buenas Lecturas

FUENCARRAL, 138, 1.º, DCHA.—MADRID

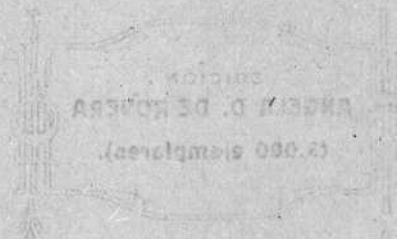
Biblioteca de Ciencias Sociales

TOMO XXIII

Alonso de Castillo Solórzano

La inclinación

española



Sociedad Española de Estudios de Ciencias Sociales

SECCION DE CIENCIAS SOCIALES



R. 122384

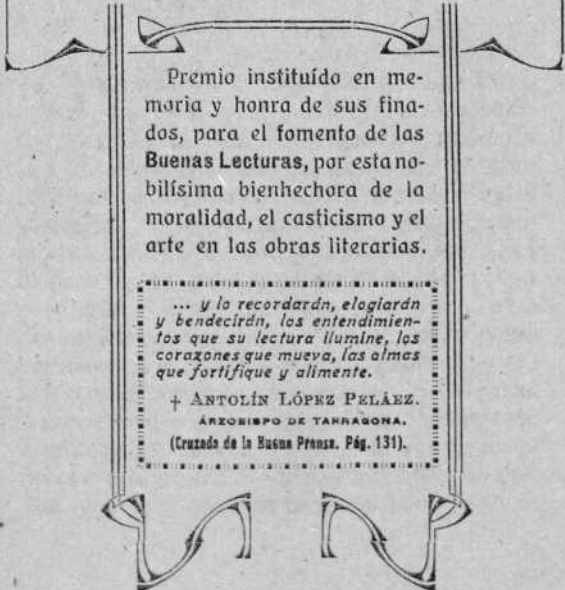


OBRA SOCIAL DE LOS PREMIOS PERSONALES

Y
FOMENTO DE LECTURAS GRATUITAS

La presente 2.^a edición correspondiente
al año 1919, ha sido costeada por la

Sra. D.^a Angela D. de Rovera



Premio instituido en memoria y honra de sus finados, para el fomento de las Buenas Lecturas, por esta nobilísima bienhechora de la moralidad, el casticismo y el arte en las obras literarias.

*... y lo recordarán, elogián
y bendecirán, los entendimientos que su lectura ilumine, los corazones que mueva, las almas que fortifique y alimente.*

† ANTONÍN LÓPEZ PELÁEZ.

ARZOBISPO DE TARRAGONA.

(Cruzada de la Buena Prensa. Pág. 131).

UNION SOCIAL DE LOS HERMANOS BRATUNAS

FOMENTO DE LECTURAS GRATUITAS

La presente 2.ª edición correspondiente
al año 1925, ha sido costada por la

Sra. D. Angela D. de Kovacs

En un momento en que
nuestro país se encuentra
en una situación de
guerra social por el
desempleo y la
miseria, es necesario
que en las horas libres

de los trabajadores se
organice un movimiento
de fomento de lecturas
gratuitas para que
los obreros y campesinos
puedan adquirir
los conocimientos
necesarios para
su bienestar y el
bienestar de la
patria.

LA INCLINACIÓN ESPAÑOLA

GOVERNABA el poderoso reino de Polonia Casimiro, prudente y esforzado rey, temido de sus enemigos y amado de sus vasallos; éste, en las guerras que tuvo con sus comarcanos reyes, siempre salió vencedor, porque asistía en ellas, sin exceptuarse del cuidado y trabajo que causa el peso de la guerra, considerando que la presencia del rey en ella acrecienta el brío del soldado para pelear mejor, pues como conoce que su dueño le mira, procura aventajarse para gozar después el premio que merece por sus hazañas. Conociendo esto Casimiro, premiaba á sus soldados, viniendo por sus puños á verse en mayores estados, y de esta suerte tuvo en sus ejércitos

valientes capitanes que le ganaron ricas provincias, con que era el rey más temido de la Europa. Entre los capitanes que más se señalaron en las guerras que tuvo con el de Dinamarca y Moscovita, fue uno que acertó á venirse de España por cierta desgracia que no refiero. Era un gran caballero de las calificadas casas de Castilla; vínose con su mujer, que á esto le obligó temer una violencia de un rey airado, con quien estaba descompuesto por medio de émulos suyos, que envidiaban sus partes y valor. El nombre de este caballero era Enrique y el de su esposa amada Blanca; tan lealmente sirvió á Casimiro, que le obligó á darle premios muy iguales á sus grandes servicios, con que llegó á verse conde en la corte de Polonia.

Un día que el rey salió á caza, libre del trabajo de la guerra, que no se la daban sus contrarios de temor, después de haber muerto dos jabalíes y un ligero corzo, quiso descansar en la márgen de una clara fuente, á donde, no con majestad de rey, sino con llaneza de igual á sus caballeros, quiso merendar en su compañía: acción que no disminuye la majestad real, usada tal vez, antes acrecienta amor en los súbditos. Después de haber merendado, se trató de varias materias, y entre ellas del esfuerzo de todas las naciones. Los polacos se da-

ban el primer lugar entre todas, y el segundo al español; otros se apasionaban por el francés, otros por el húngaro; en efecto, hubo diversos pareceres entre ellos, estándoles atento á todo Enrique con mucha nota del rey, porque conoció que por modesto no celebraba su nación, cuando merecía tan buen lugar entre todas; y para meterle en conversacion, le dijo el Rey: Amigo Enrique, ¿qué es la causa por qué alabando todas las naciones, dándole el lugar que merecen ó su pasión les dicta, tú estás tan mudo, pudiendo dar voto tan bien como todos, según conozco de tu prudencia? A esto respondió el cuerdo caballero: Serenísimo señor: en competencias tales, que suelen resultar de ellas disgustos, nunca yo doy mi voto; fuera de que sería ignorancia mía introducirme á darle siendo extranjero, donde tantos caballeros naturales hablan con tanto acierto. Con todo; dijo el rey, gustaré de oírte, y así te mando que en este particular digas tu sentimiento. Porque la obediencia me obliga, dijo Enrique, habré de obedecerte; y así digo, que en las victorias se conoce el mayor valor, pues cuantas más se ganaren, eso adquieren de fama á la nación que las consigne; y si hemos de dar crédito á las historias es cierto que por ellas se sabe que nación ninguna ha alcanzado más nombre, por las gran-

des victorias que ha tenido, que la española; esta belicosa nación parece que nació sólo para aventajarse á todas las demás en el valor y en la bizarría; y la mayor señal de que es esto que digo cierto, es ver que todas las naciones en poniéndose en competencia de otras, todas se dan á sí el primer lugar en el valor, porque es cierto que cada una se ha de alabar á sí, y luego el segundo le dan á la española; de donde se infiere que, reconocida ésta por segunda de todas, viene con esto á ser la primera. Y porque vuestra alteza vea cuán inclinados somos los españoles á las armas, si se pudiera hacer una experiencia que diré, lo conociera mejor. ¿Cuál es? dijo el Rey, que por dificultosa que sea, yo la haré poner en ejecución. Es, dijo Enrique, tomar un niño pequeño que apenas haya hecho más que dejar el pecho de su madre ó ama, y encerrar á este tal en una parte oscura donde no vea la luz del sol, y cuando salga hombre de allí, aunque vea cuanto pueda serle cebo en los ojos de agrado, á lo primero que se inclinará será á las armas, porque éstas le mueven el apetito á seguir su profesión y le dan incentivos para pelear. Esto es lo que siento. Mucho me huelgo, dijo el Rey, de haberte oído eso, y quisiera hacer la experiencia más á mi gusto que ahora puedo; pero tú verás que la hago, si no con

la propiedad que quisiera, con la que pueda; y aun será castigo tuyo por no haber alabado mi nación, siquiera por cumplimiento. Esto dijo el Rey con algún enfado, de que quedó Enrique con pesar de verle así; presto le tuvo él de haber alabado su nación tanto y de darle intención para pruebas de ella, porque sabiendo el Rey que Enrique tenía un sólo hijo de solos dos días que le había nacido, violentamente se le tomó de su casa, con tiernísimo sentimiento de Blanca, su madre, y de su padre. A este le hizo encerrar en una oscura cueva que hizo propósito con sus aposentos cavados en peña viva, capaz de habitar en ellos con mucha comodidad. Cuidaban de este niño dos mujeres, la ama que le criaba y otra: estas dos sin luz alguna criaron este pequeño infante hasta la edad de cuatro años, enseñándole la lengua polaca. Desde esta edad á la de quince años entró un caballero, y por mandado del Rey le doctrinó con luz de vela, de quien aprendió desde las primeras letras hasta saber bien la Filosofía, siendo en él la enseñanza aún más dificultosa, porque como estaba encerrado y carecía de noticias, era menester trabajar más, por darle á entender lo que ignoraba de vista. Era el niño de gallardo entendimiento, y así cuanto le fue enseñado lo aprendió con eminencia, dando muy buena

razón de todo, hasta llegar á la edad de cinco lustros, en la cual mostraba grande impaciencia de que el Rey le tuviese allí encerrado, careciendo de lo que Dios crió en el mundo para regalo del hombre. Su prisión era secreta para muchos, porque cuando fue traído á la cueva se le llevaron á su madre de un lugar cercano á la corte donde vivía, y se la puso pena de la vida á ella y á su esposo si decían que por mandado del Rey se había hecho esta violencia; y así, si no era el Rey, el caballero que le enseñaba, su ama y la compañera que le servían en la prisión, no lo sabían, y esto con el gravamen de ser castigados si revelasen el secreto. El sentimiento de Enrique y Blanca de verse sin su hijo y no tener otro para su consuelo, les quitó la vida en breve tiempo, pesándole ya al Rey de haber comenzado á hacer experiencia que le costaba perder en Enrique un gran soldado; hizo que se les honrase en muerte mucho, y propuso que en saliendo el joven de la cueva le haría grandes mercedes. Su maestro, entre las cosas que le enseñaba, después de haberle instruído en la ley cristiana, eran diversas lenguas, en que salió muy erudito. Decíale muchas veces que ninguna cosa había más hermosa que el sol, de cuantas criaturas Dios había formado, después de los ángeles y el hombre;

que él era regocijo de la vista, alma del día, fomento de las plantas y quien ayudaba á engendrar todas las cosas. Esto había concebido Carlos, que así se llamaba el joven encerrado, con que era stimo el deseo que tenía de verle.

Tenía el Rey dos hijas, las más hermosas y bizarras damas que había en la Europa: la mayor se llamaba Sol, y la segunda Clandomira; eran dotadas de cuantas gracias puede tener una hermosura, sin las que con el estudio habían ellas adquirido, que era saber muchas lenguas, cantar y danzar; y Sol en particular sabía hacer excelentes versos. De esta dama había alcanzado un retrato Rosardo, príncipe de Dinamarca, mancebo bizarro y valiente, aunque tan soberbio, que era mal querido de los vasallos de su padre por las demasías que con ellos usaba. Con el de Dinamarca tenía Casimiro firmadas paces, y acabábase el tiempo; de modo que presumían que volverían á sus temas antiguos de la guerra, porque el dinamarqués había perdido en las pasadas guerras doce fuerzas que le había ganado el polaco, y deseaba cobrarlas, por ser las más importantes de su reino. Bien quisiera Rosardo que su padre no intentara guerra con Casimiro, porque estaba enamorado por el retrato de la bella infanta Sol, y gustara más de que

se tratara de paces y casamiento con ella que de guerras. Era el de Dinamarca altivo y soberbio, al fin padre de Rosardo, que tuvo él á quién parecer, y no osaba el hijo tratarle estas cosas, porque sabía cuán ofendido estaba del polaco. Tenía este príncipe grande amistad con el príncipe de Suecia, Felisardo, y hallándose los dos en una caza general que se hizo en los confines de los dos reinos, que duró casi un mes, el dinamarqués le mostró al sueco el retrato de la infanta de Polonia, y de solo verle quedó tan enamorado Felisardo, que desde aquel día no tuvo un punto de sosiego, con lo cual, por poder vivir, se determinó ir á Cracovia, corte del polaco, á ver este prodigio de hermosura; previno lo necesario, aunque determinó ir encubierto, y puesto en el camino le dejaremos por decir lo que pasó en Polonia.

Tenía Casimiro tanto cuidado con el encerramiento de Carlos por ver el fin de la experiencia que en él hacía que siempre tenía la llave de la cueva consigo; y para llevarle lo necesario para su persona y doctrinarle el maestro, se la había de pedir al Rey; dióla en presencia de sus hijas algunas veces, cosa que puso deseo y cuidado en Sol de saber de dónde era aquella llave; y así un día llamó á Doristeo, el maestro de Carlos, y preguntóselo; mas él, como le es-

taba encargado aquel secreto, dijo que era de la librería de su padre. No se satisfizo de esto la hermosa Sol, y así el primer día que vió darle la llave al Rey mandó un paje que le siguiese y tuviese cuenta dónde abría con aquella llave; anduvo el paje diligente en servirla, y obediéndola puntual, siguió á Doristeco, y vió que atravesando un ameno jardín del cuarto del Rey salía á la calle y abría unos sótanos que estaban contiguos al palacio, volviendo después á cerrar; esto le dijo á la Infanta, la cual tuvo más deseo de saber aquel secreto y anduvo de allí adelante con más cuidado por saberlo. Un día que el Rey se estaba paseando por una galería que caía á este jardín, había dado la llave de la prisión de Carlos á Doristeco; ésto vió la Infanta, y tuvo cuidado cuando se la volviese para estar de secreto encubierta y oír lo que los dos platicaban. Volvió Doristeco á entregar la llave al Rey, como acostumbraba, y preguntóle él: ¿Cómo está el preso? A que Doristeco respondió. Prometo á vuestra alteza que le tengo lástima; él está gallardo mozo, y tiene de unos días á esta parte unas impacencias de verse encerrado, que temo no se quite la vida con ellas; y así, si es llegado el tiempo en que vuestra alteza ha de hacer la experiencia que desea, tendré por acierto que le dé libertad

para que salga y se manifieste á todos. En cuanto á mi enseñanza, no tengo ya qué hacer, porque cuanto sé lo sabe, y con más eminencia que yo, porque en muchas cosas que me pregunta con vivo y claro ingenio, me hallo atajado de respuesta. Vuestra alteza disponga su salida, y no malogre con su prisión una bizarra juventud, que excede con las partes que tiene á muchas. Presto, dijo el Rey, tendrá libertad Carlos, que aguardo á cierta ocasión para verle libre y entonces veré lo que tengo en él; en tanto será bien que se le hagan vestidos los más costosos que pudiesen ser, porque como esto es contrario á lo que espero que se incline, desearé que con las galas no lo ejecute, y también con los regalos; y así te torno á encargar que en la materia de guerra no le trates, ni por el pensamiento; antes sepa de cosas de gusto, placer, música y deleites, porque con esto, teniendo puesto el gusto en ellas, no le llevará la inclinación á lo que su natural pide. Quedó Doristeo muy encargado de servir al Rey en lo que le mandaba, con que dejó su presencia. Toda esta plática había escuchado la hermosa Infanta Sol con mucha atención, dejándola confusa, porque no podía dar en lo que fuese con certeza; por una parte sospechaba que este Carlos, de quien habían hablado Doristeo y el Rey, era hermano

bastardo suyo, que el Rey, su padre, le ocultaba por algunos respetos que debían de importar. Este y otros discursos hacía la dama; mas como no sabía la verdad, no daba en lo cierto; con esto creció en ella más el deseo de saber esto; y así se determinó á tomar la llave al Rey, y porque no hiciese falta, hacer otra y procurar salir de su confusión. Aquella noche se le ofreció ocasión para ello, porque habiéndole dado al Rey cierto accidente que le obligó á acostarse, como lo supiesen las infantas sus hijas, pasaron á su cuarto á verle, y estando Sol á la cabecera de su cama, vió que por debajo de la última almohada de ella asomaba el anillo de la llave, con cuya vista se alegró sumamente, y entreteniendo al Rey, pudo con disimulo sacársela y guardarla en la manga de la ropa. Volvió á su cuarto, y llamando á un criado suyo, de quien en muchas cosas hacía confianza, le encargó que en el más breve tiempo que fuese posible mandase hacerle otra llave como aquella, porque la importaba mucho; obedeciéndola el criado y dentro de dos horas la tuvo en su poder, con que se alegró sumamente, agradeciéndole el cuidado con una dádiva de valor.

A la mañana acudió la infanta algo temprano á ver á su padre, y con el mismo disimulo volvió á ponerle la llave en su lu-

gar, de modo que no fue echada de menos porque aún no había venido Doristeo por ella como acostumbraba para ver á Carlos. No veía la hora la Infanta de examinar aquel secreto, y con el temor que tenía de ser descubierta, aguardaba ocasión de cumplir su deseo; ofrecióse muy á medida de él, porque dentro de dos días salió el Rey á caza, y haciendo que Doristeo visitase algo de mañana á Carlos, llevósele consigo á esta holgura; habiendo de ser la vuelta el día siguiente á la hora de comer. Apenas vió la Infanta á su padre ausente, cuando haciendo poner una carroza, la mandó entrar en el jardín; púsose en ella, y saliendo por la puerta de él encubierta con las cortinas, llegó á la prisión de Carlos, guiada por el paje que la sabía, sin quererse acompañar de otra persona; salió de la carroza secretamente, haciendo esperar dentro de ella al paje, y abrió la puerta en ocasión que no fue de nadie vista, por ser en parte sola aquella prisión. Con la codicia que llevaba de averiguar lo que aquello fuese, olvidóse de cerrar la puerta por de dentro, y fué entrado por la oscuridad de la cueva con más ánimo que su natural pedía; de esta suerte llegó á lo último de un callejón, que venía á rematar en una pieza cuadrada, donde vió en un candelero de plata una vela ardiendo que

estaba sobre un bufete, y cerca de él un joven sentado en una silla leyendo en un libro, cuya presencia le enamoró tanto que desde aquel punto quedó sujeta al vendado hijo de Venus.

Volvió Carlos la cabeza al ruido de las pisadas que había sentido, y pensando ser Doristeo, le dijo: ¿Qué novedad es esta, maestro mío, venirme á ver tan á menudo? Con esto que la hermosa Sol le oyo hablar, se arrimó á la pared, atajada, sin poder dar paso adelante, pesarosa ya de haber venido allí. Levantóse de su asiento Carlos, y tomando la luz, quiso ver quién era el que se escondía y no le daba respuesta, y descubrió con ella un portento de hermosura, un erario de perfecciones; en fin, la más hermosa vista que sus ojos habían tenido hasta allí; es circunstancia de esto saber que ya Carlos estaba solo en aquel encerramiento sin su ama y la mujer que le acompañaba, porque para servirle acudía solamente un criado con la misma fidelidad de guardar el secreto de esto que Doristeo. Volvamos á Carlos, que así como vió á Sol, quedó suspenso con la vela en la mano sin hablar palabra. Estuviéronse mirando el uno al otro un rato, y quien primero rompió el silencio fue Carlos, diciendo: Mi maestro me aseguró que la más admirable cosa que había de ver para alegría de mis

ojos era el sol, y así creo que el que me favorece en este oscuro albergue y el que tengo presente es esta criatura de Dios; dime si te llamas así, para que estime y venero tu persona. Respondióle la Infanta: Mi nombre es ese que dices; Sol me llamo, pero no el que tú piensas, porque ese no es criatura racional; que sólo sirve de alumbrar la tierra y criar las plantas de ella con el ayuda de su calor. Pues ¿quién eres, replicó Carlos, que tanto deleite recibo con tu vista? Una mujer, respondió la dama, que curiosa de saber este secreto he querido averiguarle; y ya que lo he conseguido, te pido licencia para volverme. ¿Vienes con beneplácito de mi maestro? dijo Carlos. Sin él he venido, replicó ella, que con mi industria pude hacer llave para esa prisión. Luego en tu mano está el darme libertad ahora, dijo él. Así es, dijo Sol; mas corre riesgo tu vida y aún la mía, si por mi ocasión llegases á salir de aquí sin la voluntad del que te encierra. Yo no conozco, dijo él, superior ninguno, ni eso me ha enseñado mi maestro, aunque sé que se ha de obedecer á los reyes después de Dios. Desear uno su libertad y procurar ser hombre quien ha sido tronco hasta aquí, es justo; perdóname que hasta saber qué es la luz del día, por esta vez lo tengo de ver. Poníale inconvenientes la hermosa Infanta para que no sa-

liese, pesarosa de no haber cerrado la puerta por de dentro; mas el joven, aunque aficionado á la dama, tomó el camino de la puerta, siguiéndole la Infanta con mucho pesar de haber emprendido cosa con que había de dar disgusto á su padre. Llegaron los dos á un tiempo á la puerta, que abrió luego Carlos, sin oír persuaciones de la Infanta que le rogaba no lo hiciese; salió por ella, admirándose de ver la luz del día, la hermosura del sol y de todo aquello de que le había dado noticia Doristeo, y él había carecido en aquel encerramiento. Suspenso estaba de ver esto, sin acordarse ya de la hermosura del sol que tanto le había enamorado: tanto le divertía la novedad de lo que ignoraba por práctica, cuando acertó á pasar por la calle un tambor tocando una caja de guerra, é iba á echar un bando por el Rey; agradóse del rumor y son que hacía con las baquetas, y fué embelesado tras él, sin reparar en que se reían todos de ver á un hombre de su edad en buen hábito ir admirado de ver tocar una caja, no quitando los ojos del parche de ella. De esta suerte siguió su camino dejándose á la Infanta, la cual, afligida de haber sido curiosa, se volvió á palacio, dejándose con la pena la puerta de la prisión abierta.

Volvamos á Carlos, que suspenso en oír la caja caminaba tras ella, hasta llegar á

una plaza donde se publicó el bando, el cual era que todos los hombres que fuesen solteros, desde edad de diez y seis años hasta cuarenta, se alistasen para la guerra que se esperaba contra el rey de Dinamarca, pena de la vida. Bien entendió el bando Carlos, digo lo razonado de él, mas con la advertencia que el Rey dió á Doristeo, no tocándole en la materia de guerra, no sabía qué cosa era; y así, queriéndola preguntar, vió venir hacia sí un hombre huyendo de otro, con una espada desnuda en la mano; el que le seguía traía otra espada en blanco: detúvole Carlos dejando pasar al primero; mas viéndose detenido el segundo, le dijo: ¡Oh, qué mala obra me has hecho en estorbarme que siga á mi contrario! ¿Por qué causa? replicó Carlos. Porque ese hombre me dió un bofetón, con que me afrentó, fiado en que tenía valedores cerca de sí, no pude entonces vengarme de él, y ahora lo procuraba. Mientras esto decía el ofendido, Carlos miraba atentamente la espada que traía desnuda, y muy pagado de sus acerados filos, le preguntó que qué era aquel instrumento. El hombre le dijo, admirado de su inocente pregunta: Esta se llama espada. ¿Para qué es? replicó Carlos, Para adorno del hombre y para defensa suya, dijo el otro, porque con ella se ofende y se defiende de su enemigo. Tenía Carlos en

esta sazón la espada en la mano, y oyéndole decir aquello, le dijo: Pues ¿teniendo tú instrumento con quien ofender á quien te ha afrentado, te estuviste quieto por el temor, y no te defendiste? ¡Oh cobarde gallina! no estés más en mi presencia, que no me agradan hombres afeminados. Con esto le tiró dos ó tres cuchilladas, con que le hizo huir de allí, y se quedó muy ufano con su espada en la mano, mirándola y contentándose más de ella cada instante. Contemplando estaba en sus lucidos aceros, cuando se ofreció una cuestión en la misma plaza, y fue que vió venir acuchillando á un hombre tres, el cual se vino retirando adonde estaba Carlos; él, que vió esto, se puso á su lado y le defendió valerosamente, hiriendo á los dos, con que huyeron de su presencia todos, dejando libre al solo. Preguntóle Carlos que por qué le venían ofendiendo aquellos tres, y él le dijo que habiéndoles ganado al juego una cantidad de dineros, ellos, sentidos de verse despojados de su caudal, se los querían quitar á cuchilladas, y lo hiciesen si no fuese por su ayuda. ¿Qué es dinero? le preguntó Carlos. Este que traigo conmigo, dijo el hombre, riéndose de su simple pregunta. Mostróselo, y volvióle á decir Carlos. ¿De qué sirve este metal? Este, dijo el hombre, es aquello con que compramos cuantas cosas son neces-

rias para la vida humana; quien esto tiene en cantidad es estimado por ello, sube con su valor á dignidades, alcanza tener muchos amigos, y aun es causa de tener enemigos, como ahora se ha visto, pues por tiranizarme me querían quitar la vida, que es la más preciosa joya del hombre. Tenía en la mano Carlos una cantidad de reales que el hombre le había dado, y oyéndole decir aquello, dijo: Si esto es causa de perder un hombre la prenda que más estima, ¿para qué se ha de hacer caso de ello? Con esto los arrojó en el suelo, acudiendo á tomarlos mucha gente del vulgo, que sobre apoderarse de los reales esparcidos, se dieron muchos mojicones, experimentando de nuevo Carlos que el dinero era peligroso en quien le gozaba, pues codiciándolo se procurarían quitar la vida por él, y que también era causa de ensoberbecerse los hombres poderosos con mucha cantidad de aquel metal, con que se compraban todas las cosas. Estando en esto se vió cercado de ministros de justicia, que habiendo sabido haber herido á dos hombres, le venían á prender: dijéronle que se diese á prisión y rindiese las armas; dos cosas le pedían que, para el orgullo y aliento que había cobrado Carlos, eran bien dificultosas de obedecer por él; lo de la prisión ya se veía si lo aceptaría quien la había tenido tan larga desde

que nació hasta aquel día; y la segunda menos, pues habiendo oído que la espada era defensa del hombre, teniéndola consigo, no se la había de dejar quitar. Porfiaron á que se diese á prisión; mas él, colérico de oírles esto, les acometió con tanto brío, que en breve dejó dos hombres á sus piés sin vida. Acrecentóse el número de los ministros para prenderle, y también el de los heridos por defenderse: tanto era su ardimiento y valor, admirando á todos su arrojamiento; pero como cargó tanta gente á ayudar á la justicia, fue abrazado por detrás y rendido, quitándole la espada, con que ligándole las manos fue llevado á la cárcel, donde le pusieron esposas á ellas, y una gruesa cadena á un pie, dejándole no poco impaciente de experimentar esto, porque se le figuró que había de durar otro tanto como la pasada prisión y ser más rigurosa, pues en esta le oprimían con hierros, cosa que no había tenido en la otra.

Dejémosle estar aquí, despechado de verse oprimido, y volvamos al príncipe Felisardo de Suecia, el cual llegó encubierto á Oracovia, corte del de Polonia, el mismo día que salió de su prisión Carlos. Había tenido Casimiro con el padre de este príncipe grandes encuentros en sus guerras, como valedor que fue del rey de Dinamarca, y deseaba el de Polonia vengarse de él; y

así venía este príncipe encubierto sólo á gozar de la vista de la hermosísima Sol y llevarse un retrato suyo, para tratar después de casamiento con ella y anticiparse al príncipe de Dinamarca. Entró, pues, en la ciudad algo de noche, y todo el día siguiente estuvo oculto; esta noche supo que había en palacio un sarao, porque habiendo venido el Rey de caza aquel día, quiso que se hiciese por divertirse. El de Suecia quiso ir de embozo, pero no se encubrió tanto que un caballero polaco no le conociese; este se lo dijo á otro, y vino á oírle un criado del príncipe, el cual se lo dijo á su dueño dentro de la sala del sarao, advirtiéndole el riesgo que corría su persona si era conocida entre sus enemigos; vió á la Infanta, y retiróse luego á su posada, yendo perdido de amores de ella. Al pasar por junto á la prisión de donde había salido Carlos, encontróse con una muy grande tropa de ministros de justicia que venían reconociendo á cuantos encontraban; y temiendo ser conocido, adelantóse á sus criados, y arrimóse á la puerta de la prisión que fue de Carlos, la cual había dejado abierta la Infanta, porque con el susto de verle partir con tanta celeridad no se acordó de volver á cerrar, y así apenas se arrimó Felisardo, cuando la puerta se abrió del todo; parecióle que el cielo disponía aquello para que él no fuese

conocido; y así, echando de ver que había llave puesta en la cerraja, la quitó de ella, y encerrándose echó la llave por dentro y se la guardó; luego que hubo hecho esto se fué entrando por aquella estancia, admirado de no encontrar con persona, y llegó hasta el primer aposento de ella, donde vió luz en una lamparilla, porque la de una bujía se había acabado; esta tenía siempre encendida Carlos, por carecer de la luz del día en la lóbrega estancia que habitaba.

Reconoció Felisardo el aposento y vió en él un lecho de grana con alamares de oro, y ropa en él muy delgada; cerca de este lecho había dos cofres con vestidos, que reconoció, habiendo primero encendido una bujía que halló allí sobre un bufete, vió diversidad de libros, así de ciencias como de entretenimiento, admirándose de que en estancia donde había tantas comodidades para habitarla no estuviese su dueño. Aquí estuvo el extranjero príncipe hasta la mañana, que se vistió; esto no porque le avisase ser de día la luz de algún resquicio, por carecer de esto aquel albergue, sino que por la costumbre de su dormir, cuando despertó juzgó ser de día. Levantóse, y apenas se había acabado de vestir, cuando oyó abrir la puerta de aquella estancia, cosa que le puso en no poco cuidado, por tener la llave él y haber otra; era que entraba

Doristeo á que le llevasen lo necesario, el cual como le sintiese Felisardo escondió la luz de la lamparilla; reconoció Doristeo estar sin ella, y así le dijo: Carlos, ¿parece que estás sin luz? Así es, dijo Felisardo, hablando en lengua polaca, que era la que Doristeo le habló. Pues yo vuelvo, replicó él, á que traigan luz y lo necesario. Ya tenía Felisardo prevenido un vestido de los que halló en un cofre, el cual á toda prisa se le vistió porque no le hallasen con el que traía al uso de Suecia. Dióle lugar para esto el espacio que tardó en volver Doristeo con la luz; ésta la trajo el hombre que acudía á servirle. Entraron dentro, y advirtiendo en la persona de Felisardo, le desconoció, diciéndole muy alborotado: Mancebo, ¿quién os ha traído á este lugar en que habitaba otra persona? Yo me he venido á él, dijo Felisardo, hallando la puerta abierta. Pues ¿cómo, replicó Doristeo, la puerta hallaste abierta? Bien lo conoceréis, dijo Felisardo, pues extrañais que no soy el que aquí habitaba. Extraño fue el sentimiento que tuvo Doristeo de oírle esto, conociendo la mala cuenta que había de dar al Rey de lo que se le encomendó; pero el remedio que halló para librarse de su castigo fue que, pues tenía debajo de su mano á aquel mancebo que se había encerrado allí, que él supliese la falta del ausente sus-

tituyéndole; y así le dijo: Joven, á quien no conozco, ¿qué causa os ha obligado á entrar aquí sin licencia del dueño de esta estancia? Librarme de mis enemigos, dijo Felisardo, que me querían quitar la vida. Pues ¿cómo hallé cerrada la puerta? replicó Doristeo. Porque en ella había llave, dijo Felisardo. De esto se maravilló Doristeo y le preguntó dónde la tenía; mostrósela Felisardo, que no debiera, que estaba encima de un bufete, de la cual se apoderó Doristeo por tenerle seguro para lo que había pensado hacer, y luego le dijo: En este albergue asistía por mandado de nuestro Rey un caballero de vuestra edad, el cual no sé por cuál medio ha conseguido su libertad, y se ha escapado de ésta, que por haberle encerrado podemos llamar prisión, á donde no estaba por delito ninguno, sino por gusto del Rey, para hacer cierta experiencia, que si era curiosa para su alteza, era muy pesada para el paciente; yo os hablo claramente; á mí se me había cometido la guarda de ese joven; yo he dado mala cuenta de él, no por culpa mía, sino por diligencia suya; el faltar de aquí me ha de costar la vida; y así, siendo primero yo que otro, habréis de prestar paciencia y suplir por él en tanto, asegurándoos de dos cosas: La primera, que no os ha de venir ningún daño de esto, y la segunda, que yo procuraré

que salgais de este encerramiento con brevedad. El que se ausentó de aquí se llamaba Carlos; vos habreis de suplir por él, tomando este nombre, volviéndoos á asegurar que procuraré en breve vuestra libertad, y quizá será para medro vuestro.

Mucho sintió Felisardo que se dispusiesen sus cosas de modo diferente del que se pensó; pero considerando que de ser hallado por orden del Rey, también había de ser preso, y que de esta suerte fiándose de aquel caballero en lo que le prometía, podría ser mejorase de dicha, le dijo: Yo, caballero, hice mal en no pelear con mis enemigos antes que encerrarme aquí; ya lo hice; yo estoy dispuesto á pasar por la pena que me viniere; de vos me fío, que como caballero trazaréis modo cómo no me venga ningún daño. Reconoció Doristeo en los acentos de lo que hablaba que no era natural de aquel reino, y así le dijo: Holgaría-me mucho de saber quién sois, con la misma promesa de que en nada seréis deservido; fíaos de mí, y creed que soy caballero que os sabré servir en todo. Parecióle al príncipe que le estaría bien descubrirsele, y así le dijo quién era, á lo que venía y lo que le había sucedido hasta entrar allí, dejando admirado á Doristeo oírle esto, y no discurriendo en el modo de haberse librado de allí Carlos. De nuevo se le ofreció, pi-

diéndole con muchos encarecimientos que le ayudase á cumplir con el Rey en su fidelidad, pues con eso le libraba de la muerte, que era infalible, á saber su descuido. Con esto le dejó lo que había de comer, sirviéndole el hombre, á quien encargó el mismo secreto, advirtiéndole que corría el mismo riesgo por su persona que el mismo Doris-teo. Con esto se dejaron al pobre caballero encerrado, cercado de varios pensamientos sobre lo que sucedería de él. Sus criados fueron presos de la justicia y tenidos por espías; diéronles graves tormentos porque confesasen á qué habían venido allí, y ellos dijeron que pasaban adelante, y les obligó á hacer noche en Cracovia el deseo de ver aquella gran corte; no pudieron saber de ellos otra cosa, que no fue poco no revelar el secreto de que su príncipe estaba allí encubierto.

Volvamos á Carlos, el cual estaba en la cárcel preso; y habiéndose dado cuenta á los jueces de lo criminal cómo aquel hombre se había resistido á la justicia sobre prenderle y muerto dos hombres, le condenaron á muerte; pero en su descargo se ofrecieron algunas personas á jurar cómo aquel hombre estaba sin juicio, porque viendo tocar una caja de guerra, que echaban un bando, la fue siguiendo en cuerpo, muy admirado; que había arrojado el dinero; que

había quitado á otro hombre la espada, y otras cosas de las referidas, que por ellas se debía de argüir que estaba loco. No se satisficieron de esto los jueces, y quisieron verse con el preso, al cual hicieron algunas preguntas en términos jurídicos; pero como él no tenía noticia de aquellas cosas por su maestro Doristeo, á cada una preguntaba lo que era muy en su juicio, cosa que dió á los jueces motivo para echarle fuera de la cárcel, mandándole alistar en una de las compañías que se hacían contra el de Dinamarca y Suecia, sólo para que abultase con la gente, porque en él conocieron que le faltaba capacidad, pues después de haberle preguntado su nombre, no supo decir quién era ni dónde había nacido. Con esto salió Carlos de la cárcel y comenzó á seguir la profesión de Marte, porque acabado el tiempo de las paces asentadas entre el polaco y dinamarqués, se comenzaron los dos reyes con sus valedores á prevenir para volver á sus antiguas enemistades; y así á toda priesa con el publicado bando el polaco hacía gente; pues con la hecha sin dejarse ver apenas, salió por soldado ordinario Carlos en una compañía de infantes, marchando para juntarse con el ejército del Rey.

Doristeo, confuso y discursivo siempre sobre la libertad de Carlos, se vió con el Rey, á quien suplicó que se sirviese de dar

libertad á aquel joven, que ya estaba en edad para salir de aquel encerramiento. Estaba el Rey con deseo de verle, y así permitió que saliese de allí y que se le tuviese cuenta con las acciones suyas, para ver á lo que se inclinaba; con esto fué Doristéo á la prisión por Felisardo, á quien dió cuenta de lo bien que había negociado su libertad, y díjole que se vistiese el más rico vestido de los que allí había, que eran de Carlos, y fuese á besar la mano al Rey; obedecióle, y vestido lucidamente fué acompañado de Doristéo á verse con el Rey. Había la Infanta oído algo de esta plática, y estaba aguardando á ver á Carlos, que pensó que se había vuelto á la prisión. Llegaron Felisardo y Doristéo á la presencia del Rey, que los estaba aguardando con grandísimo alborozo; ya el joven venía instruido de Doristéo en lo que había de decir y para llevar su mentira adelante; y así, luego que se postró delante del Rey, le dijo: Quando hubiera estado más tiempo encerrado en aquel oscuro albergue por gusto de vuestra alteza, lo debía de haber dado por bien empleado por llegar á recibir este sumo favor de besar su real mano; aquí está este humilde vasallo vuestro, deseoso de seguir el camino de mi padre en vuestro servicio. Holgóse el Rey de ver la persona del fingido Carlos, y abrazándole le dijo: Costosa experiencia

he querido hacer en vos, pero os ha de ser muy bien premiada por lo que habeis padecido; id á besar las manos á mis hijas para que os conozcan, que Doristeo tendrá cuenta de vuestra persona, pues sustituye el lugar de vuestro padre. En ese le tengo, serenísimo señor, dijo Felisardo, y así le guardaré el mismo respeto que al que me dió el sér. Llevóle Doristeo á la presencia de las infantas, á quien besó las manos, admirándose la hermosa Sol de verle, porque no olvidó tan brevemente las especies del verdadero Carlos de su memoria que no echase de ver que este era otro, y no el que ella vió con tanto gusto en la cueva, y este cuidado la mudó de semblante, de modo que se lo conoció Doristeo. Ya sabían las damas que aquel caballero era el de la experiencia que hacía el Rey, porque las infantas se lo habían dicho, y así todas pusieron los ojos en Felisardo, que tenía buen talle, deseosas de que él se pagara de alguna de ellas.

Volvió Doristeo con Felisardo á la presencia del Rey, y él le habló en varias materias, hallándole capaz de todo, porque en todas discurría bien. La última de que se trató, donde el Rey quería comenzar á ver el efecto de su experiencia, fue de la guerra, tratándole de la que al presente tenía con el rey de Dinamarca y el de Suecia, su valedor, y que iba disponiendo su ejército

para marchar con él contra los dos reyes, de quien tenía aviso que también se prevenían contra él. Aquí á nuestro fingido Carlos y verdadero Felisardo se le mudó el semblante por dos cosas, de modo que el Rey lo echó de ver. La primera, porque le pesó de que se hiciese la guerra contra su padre; y la segunda, que se le puede mejorar nombre de primera y más principal, porque el Príncipe era pusilánime y de cobarde y afeminado corazón, de manera que nunca se vió en ejercicio de armas, porque el poco brío y aliento le hizo caer muchas veces en vergüenza; lo que le dijo al Rey fue que parecería mal al mundo que entre reyes que habían sido amigos, según estaba informado, hubiese tan reñidas guerras, de donde resultaba menoscabo de las haciendas y pérdida de vidas; que si su voto valiera, él le diera antes á la composición que al rompimiento. No le pareció bien al Rey esta primera acción en el joven, cuando de su persona y edad se prometía que en oyendo nombrar guerra y viendo gusto en él de que se hiciese, él se había de ofrecer á servirle, y aun molestarle á que se apresurase á partir. Dióle cuenta el Rey del bando que habia echado y de cómo ningún caballero bien nacido dejaba de irle sirviendo; á que respondió con mucha tibieza que él los imitaría, pero estando siem-

pre cerca de su real persona, pareciéndole que allí era estar en el cuarto de la salud. Todo esto notaba el Rey, y le pesaba mucho de que le saliese mal la crianza del joven, y así le dijo: Yo te tengo, ¡oh Carlos! por tan hijo de tu padre, que aunque has hablado tíbiamente en la guerra, puesto en ella, sé que me molestarás para que te ponga en puestos peligrosos donde mostrar tu valor. Aquí mucho más turbado que antes, respondió: Yo haré lo que los caballeros que asisten á vuestra alteza cerca de sí, que fue lo mismo que decir: Estaría con los ancianos acompañándole, aunque la razón fue equívoca. No quiso el Rey apurarle más en esto; mandóle que tuviese por posada la casa de Doristeo, y así le llevó á ella, pesoso este de que en el Príncipe hubiese tan poco valor que hablase así al Rey.

Vinieron todos los caballeros de la corte á visitarle allí, y sacáronle á caballo á ver la ciudad; en este tiempo había el Rey dispuesto hacer otra prueba de este joven, y así un día que paseaba el terreno del cuarto de las infantas solo, aguardando unos caballeros que habían ofrecídole venir allí, mandó el Rey salir á un balcón á una dama de las más hermosas del palacio y que le favoreciese trabando plática con él. Era esta señora de las que más privaban con las infantas, llamada Laudomira, parecióle bien

á Felisardo y comenzó á llegarse hacia el balcón, y viendo la ocasión á medida del deseo para hablarla, la dijo: Bien deseaba mi afecto la libertad del encerramiento que tuve, pues con ella carecía de tantos gustos. Muchos son los que se pierden sin ella, dijo la dama, y esta corte perdía en vos un gran caballero que la ilustrase. Bécosc la mano por el favor que me hacéis, dijo él, pero quiero advertiros que no he mudado de estado en cuanto á estar preso, si bien es más dulce prisión la que padezco. No os entiendo, dijo la dama, mas infiero de esa razón que vivís contento con algún empleo. Con el que tengo presente, dijo él, que de solo haberos visto hoy con atención, me habeis robado la libertad. Sin duda, dijo la dama, estais pensando en la brevedad de la vida, que no habeis tenido espera á que con más finezas ó demostraciones yo conciera vuestra voluntad, pues tan presto me la habeis dicho. El estilo que se tiene en palacio, si no lo sabéis, es enamorar, servir y obligar sin declarar la pena hasta que el tiempo permita que se diga sin ofensa de la dama; mas yo os disculpo, que como quien ha pasado poco por estos lances, recluso en un encerramiento, no habeis sido curioso en informaros primero de lo que aquí se usa en este particular. Así es, dijo él, pero ya que mi inadvertencia ha peca-

do en esta parte, no desmerezca mi fe en dejar por eso de ser favorecido vuestro y que tenga permisión para serviros. Yo os la doy, dijo la dama, con tal condición que seais muy firme; porque si veo que no lo sois, demás de la opinión que perderéis, me daré por tan ofendida y procuraré muy de veras vuestro castigo. Así se lo prometió Felisardo, aunque picado de la dama, que por razón de estado la galanteaba, que él más enamorado estaba de Sol desde que la vió la primera vez, pero deseaba llevar adelante el engaño de ser el fingido Carlos, y así pasaba con él. Continuó algunos días el galanteo, siendo ya público en palacio, y aún envidiado de algunas damas.

Otro día se ofreció ocasión de hablar Felisardo con la hermosa Laudomira en el mismo puesto, y ella le arrojó desde el balcón una banda por favor, de que Felisardo hizo mucha estimación. Todo esto ordenaba el Rey, el cual mandó á Darisio, un caballero de su cámara, que como que era galán antiguo de Laudomira, le sacase al campo y procurase quitarle aquella banda. Aguardó este caballero á que desamparase el Príncipe el lugar en que había recibido el favor, y encontrándose con él le dijo: Señor Carlos, yo tengo necesidad de hablaros á solas fuera de este lugar, y aun de la ciudad; si sois servido, veníos conmigo, que

en breve sabréis para lo que sois llamado. Parecióle á Felisardo que venía Darisio con disgusto, y que el llamarle era para tener con él alguna pesadumbre, y así le dijo: Si es tan breve lo que me queréis decir, ¿para qué hemos de cansarnos en salir fuera, pudiéndolo saber donde estamos? No conviene, replicó Darisio, y así haced lo que os pido. Hubo el Príncipe de seguirle, bien cercado de temores, porque era en extremo tímido. Salieron fuera de la ciudad y habiéndose apeado y dado los caballos á sus lacayos, Darisio le dijo esto: Señor Carlos, el ignorar que yo soy galán de la hermosa Laudomira, y más antiguo que vos, ha sido causa de haber inadvertidamente tratado de galantearla; por forastero y estar conmigo disgustada, ha querido despicarse con vos y llegado á favoreceros con esa banda; á mí me importa que la corte no vea prenda suya en vuestro poder, y así os pido que me la deis de bueno á bueno, porque si no será fuerza que la cobre con la espada en la mano. Turbóse Felisardo viendo la resolución de Darisio, que no la quisiera tan determinada; y así le respondió: Señor Darisio, no puedo negar que esta banda que traigo me la haya dado la hermosa Laudomira; yo no sabía que vos la servíades, y así no culparéis que yo admitiese el favor; huélgome de haber sabido ser vos quien la

festeja, y porque prendas en quien con veras no es favorecido están de más, hago cuenta que me ha dado esta banda para vos; tomadla, que no es razón que yo traiga lo que se me dió más por despique que por voluntad. Dióle la banda, y muy ufano con ella Darisio quiso ponérsela luego al cuello; mas Felisardo le pidió que no lo hiciese, ya que se la había dado. Condescendió Darisio con su gusto, y volviéronse los dos muy en paz á la ciudad, admirado Darisio de que el fingido Carlos hubiese tan corto ánimo, que no le tuviese para defender el recibido favor. Vióse luego con el Rey, á quien dió cuenta de lo que había sucedido, mostrándole la banda, con que se admiró mucho, viéndo cuán mal le salía el pronóstico del difunto Enrique, padre del que pensaba ser Carlos, y mandó á Darisio que publicase aquella mengua de Carlos por la corte, hasta ver si en otra ocasión hacía otro desaire como el sucedido, y así se lo prometió Darisio.

Hecha la prevención del ejército, se dispuso el Rey, habiendo nombrado general á Darisio, y él oficiales en los tercios, á partir de allí á dos días. No quedó en todo el reino persona de importancia que no fuese con el Rey; él hizo dar á sus criados muy buenas ayudas de costas para que fuesen lucidos, y entre ellos fue uno Felisardo, el

cual, pareciéndole que ir contra su padre á pelear no era cosa que le había de estar bien, determinóse á pedir al Rey le nombrase por alcaide del alcázar de Oracovia, palacio real, con tres fines: el primero de no ir á la guerra contra su padre; el segundo, procurar enamorar á la hermosa Infanta Sol; y el tercero, para que si no era favorecido de ella, irse secretamente á su tierra. Este oficio le pidió al Rey, dejándole con mucho sentimiento de oír tal petición, porque aquello era declaradamente mostrarse cobarde y enemigo de ir á la guerra. Lo que le respondió fue: Carlos, sois muy mozo para ese cargo; nunca le doy á caballeros de vuestros pocos años, sino á personas que me han servido mucho, y ya por ancianos debo jubilarlos. Venid conmigo donde yo fuere, pues lo hacen todos los grandes príncipes y caballeros de Polonia, y yo mismo no me reservo de lo que me puede suceder; y adviértoos que en tanta juventud parece muy afrentosa cosa que excuseis el trabajo y no sigais á vuestros progenitores, que fueron tan grandes soldados. Iba á disculparse Felisardo, mas no le quiso oír el Rey; lo que hizo fue mandarle apercibir para el día siguiente, con que no se pudo excusar.

Partió el Rey de su gran corte en busca de su enemigo, donde le dejaremos mar-

chando con un ejército de veinte mil hombres, por decir lo que hizo nuestro Carlos con un trozo de gente que había partido antes. Iba, como dije, por un soldado ordinario, aunque muy estimado de su capitán por su buena persona. Estaba el enemigo fortificado tres leguas de donde hizo alto aquel trozo del ejército, y era un grande llano capaz para darse batalla campal; allí quisieron fortificarse, pero habiendo pareceres en contra, pasaron una legua más adelante, y en un puesto más á propósito asentaron su real y se comenzaron á fortificar. Desde este puesto enviaron algunos soldados por espías del enemigo para saber qué gente era la que traía y qué designios; entre ellos fue nombrado Carlos, el cual, gozosísimo de ir á ganar nombre, se adelantó á los otros, y aquella noche, acercándose cuanto pudo á las trincheras del contrario, pudo toparse con otra espía que se despachaba á lo mismo que él para saber del ejército polaco lo que hacía y determinaba; pidiéronse el uno al otro el nombre, y como no se le pudiesen dar por ser de contrarios ejércitos, lo remitieron á las armas; en breve despachó con la espía contraria Carlos, porque murió á sus manos. Sucedióle á esta espía otra y siguió los pasos de su compañero; y llegando otro soldado en seguimiento de los dos difuntos, Car-

los peleó con él y pudo rendirle y llevarse-le prisionero á la presencia de su general, á quien dió cuenta de lo que había sucedido y del mismo prisionero se certificó el general, estimando en mucho el valor de Carlos. Allí supo la gente que traía el contrario, y cómo venía con presupuesto de ganar un puesto eminente, para desde allí estar ventajoso al contrario para cualquier facción; mandóle poner á recaudo el general, y á Carlos le hizo luego alférez de una compañía de caballos. Desde aquel día, alentado con el premio, este joven dió más dilatadamente á conocer su valor, porque teniendo un encuentro con el enemigo sobre el referido puesto, defendiendo el ganarle, se vió pelear con mucho aliento y brío, matando muchos enemigos, hasta que pudo prender á un coronel de los mejores soldados que tenía el de Dinamarca. Todo esto fue á vista del Rey, que desde una colina pudo ver la batalla y en ella las proezas de Carlos. Murió gente de una parte y otra, y húbolos de hacer retirar la noche; mandó el Rey llamar á Carlos, y por lo esforzado que anduvo en la prisión del coronel le hizo capitán de caballos de su misma compañía, por muerte del que la gobernaba. Ya tenemos capitán á nuestro héroe, con no poca envidia de muchos soldados.

Continuóse la guerra, y por no ser largo

en referirla por menudo, digo que la última batalla que se dió, que fue la campal, habiendo peleado los reyes por sus personas, vió el de Polonia hacer hechos portentosos á Carlos. Hallóse el Rey sin caballo, que se le habían muerto, y él apeándose del suyo se le dió, y á fuerza de armas cobró otro, con que se metió por lo más peligroso de la batalla, hiriendo y matando á cuantos topaba, hasta llegar á encontrarse con el estandarte real del rey de Suecia, que iba cerca de él; allí, ayudado de solo su valor, se entró por lo peligroso de las armas, y pudo prender al rey Floristeo de Suecia, encomendándole á cuatro soldados que eran de su compañía, y él yendo delante haciendo con su espada lugar hasta que le dejó en puesto seguro en una tienda de su maestro de campo. La batalla tuvo fin con la muerte del rey de Dinamarca, con que el ejército se debarató y puso en huida, siguiendo el alcance lo que duró el día la gente del Polaco. Con esto se retiraron los de Polonia, y el maestro de campo, á quien se entregó el rey de Suecia preso, quiso ganar las gracias con lo que Carlos había peleado á costa de su sangre; y así, tomando al Rey en su compañía, le llevó á la tienda del de Polonia y se le presentó, diciendo que él por su persona le había preso. No se puede decir el gusto con que el Polaco

le recibió; hízole muchas honras al maestro de campo, y después muchos agasajos al prisionero, el cual no pudo sufrir que aquel soldado usurpase la gloria al que le había preso, y así le dijo: Mi suceso no es nuevo en lances de guerra, pues de la manera que ha sido mi prisión pudiera haber sido la tuya á tener al cielo de mi parte; sería novedad que quien no me ha preso peleando gozase de la gloria del premio; y así, lo primero que te advierto, oh rey de Polonia, es que sepas que quien me prendió no es este caballero; menos edad tiene, y creo que le oí nombrar Carlos. Tenía ya el Rey noticia de Carlos por el servicio que le había hecho aquel día con darle su caballo, y así mandó llamarle, muy enfadado con el maestro de campo por la tiranía que quería usar con el verdadero autor de aquella hazaña. Mandóle dejar su presencia y el cargo que tenía y que le buscasen luego á Carlos; muchos se dispusieron á buscarle por dar gusto al Rey, que le vieron deseoso de tenerle en su presencia, y con la diligencia que hicieron le hallaron que venía á curarse de dos heridas que traía, aunque no peligrosas. Llegó á besar la mano al Rey, el cual le echó los brazos al cuello, diciendo: Bien sea venido el nuevo Aquiles de mi ejército; llegad, Carlos, que así me dicen os llamais, que quiero honraros con el cargo que vues-

tro maestro de campo ha perdido por ambicioso, pues deseaba quitaros la gloria que vos merecisteis á costa de vuestra sangre, por haber preso al rey de Suecia; este os doy con cuatro mil escudos de renta. Besóle la mano Carlos por el favor que le hacía, y pidióle licencia para irse á curar; dióselo el Rey, mandando que la cura se hiciese en una tienda que tenía de respeto cerca de la suya, adonde quiso que se alojase. Siguiéronle muchos caballeros, deseosos de agradar al Rey, y así por lisonjearle le comenzaron desde aquel día á cortejar acompañándole.

No permitió el Rey que el de Suecia se alojase fuera de su tienda, y así le tenía en su compañía, siendo este agasajo algún consuelo para la pena de su prisión. En dos sillas estaban sentados los reyes cuando acertó á venir á la tienda Felisardo, el cual, mientras duró la batalla, ahorrándose de peligros, se había retirado fuera de ella, y desde el lugar que escogió para seguro de su persona vió toda la refriega, y ahora venía entre la tropa de la gente á ver al Rey; pues como entrase en la tienda acertó á poner en él los ojos su padre el de Suecia, el cual, sin poderse contener, se levantó con los brazos abiertos y se fué para su hijo, diciendo: Felisardo mío, en buen hora te vean aquí mis ojos, que tanto han sentido

tu ausencia, y el no saber dónde estabas. No pudo Felisardo huir el cuerpo á este impensado suceso, y así toda su máquina dió en tierra, con pedirle al Rey su padre la mano y besársela. Novedad se le hizo al Rey ver el favor que el de Suecia hacía al que tenía por Carlos, caballero de su corte, y así le preguntó que de dónde conocía á Carlos. A Felisardo dirá vuestra alteza, dijo el sueco: conózcole de que es el heredero de mis estados y príncipe de Suecia. Volvió el Polaco con esto al Príncipe, y díjole: ¿Vos no sois Carlos el que yo tuve recluso en una cueva? No, señor, dijo Felisardo, si bien es verdad que en esa cueva me retiré temiendo ser conocido en vuestra corte, por las diferencias que entre vuestra alteza y mi padre había. Aquí se quedó el Rey admirado y confuso con lo que le oía, no sabiendo cómo se había abierto la prisión de Carlos; y para certificarse mejor, determinó enviar á llamar á Doristeo con el correo que despachaba á sus hijas avisándolas de su victoria; así lo hizo aquella noche porque le sacase de la confusión en que estaba. Uenaron los dos reyes y el príncipe Felisardo juntos, y mientras se daba orden en hacer curar los heridos y enterrar los muertos, hubo lugar de llegar el correo á Cracovia y dar las cartas á las infantas, que se holgaron mucho con la felice nueva

de la victoria; y sabiendo que el Rey enviaba á llamar á Doristeo, le cometieron el visitar á su padre de su parte y darle la noticiabuena de su dichoso suceso. Llegó Doristeo al ejército, y habiendo hecho su embajada de parte de las infantas, en presencia de muchos caballeros que acompañaban al Rey, éste se apartó con él á un retiro de su tienda, á quien dijo estas razones:

Doristeo, bien se te acordará que corrió por tu cuenta la crianza de Carlos, depositándole tú en aquel retiro y encerramiento, para experimentar en él la inclinación que sacaba de allí: curiosidad que yo emprendí hacer por lo que oí á su padre; tú me ibas informando cada día de cuanto se pasaba con él, y tenía avisos, así de sus condiciones como de lo que aprendía de tí. Después de tenerle allí veinte años y más, me suplicaste que le sacase de allí, que ya tomaba con impaciencia aquel retiro; yo vine en lo que me pediste, y así salió; trujíste-mele á mi presencia, al cual examinándole en la suficiencia, no me descontentó; mas probándole en el valor, le hallé con un natural temor, ajeno de ser hijo de tal padre. Prosiguió en esto con la prueba que hice de la banda, y ví ser tan pusilánime que se la dejó llevar á Darisio. Después ví que el venir á la guerra lo hizo de mala gana, antes procuraba excusarlo con

pedirme el oficio de alcaide de mi alcázar. Aquí sé cuan mal ha probado, pues en esta batalla última me han informado que infame y encogidamente se retiró de pelear, cuando todos hicieron su deber en mi servicio. Este joven que he tenido por Carlos ha parecido ser Felisardo, príncipe de Suecia; él me ha dicho que salió del encerramiento de Carlos, y por no ser conocido se valió de la astucia de ser tenido por él. A mí bien me pudo engañar que nunca ví á Carlos, mas á tí no puede ser. Yo deseo salir de esta confusión, y para eso te he enviado á llamar. Pues estamos solos, dime la verdad de lo que en ésto sabes con claridad, porque de no lo hacer, no tienes segura tu cabeza.

Turbósele el semblante á Doristeo, y balbuciente en las palabras, dijo de rodillas éstas: Invictísimo Casimiro, rey de Polonia y señor mío, yo no te pienso negar nada de lo que me mandas decir, aunque me cueste la vida, y si lo he hecho hasta aquí, ha sido por defenderla de tu rigor, pues era cierto que me habías de mandar cortar la cabeza. Yo entrando como solía á la prisión de Carlos hallé á este joven en ella, cosa que me causó no poca admiración. Preguntéle qué quién le había traído allí, y él me dijo que había hallado aquella puerta abierta, de donde infero que el mismo Carlos no pudo

salir de allí, sino que alguno le sacó, con otra llave que hizo, porque esa la tenía en mi poder. Temiendo como he dicho tu rigor, me valí de hacerte aquel engaño; no es posible escondérsenos Carlos, que no sea conocido de mí.

Oyendo el Rey esto, le vino al pensamiento si aquel caballero que tan hazafiosos hechos había ejecutado en la guerra era Carlos; pues tenía este nombre, y así se lo comunicó á Doristeo. Preguntóle al Rey por las señas de él, y dándoselas, vió que era el mismo, con que el Rey recibió extraño gusto; y para verificar más esto mandó á Doristeo que de su parte fuese á visitarle á su tienda, que estaba herido en la cama; hizolo Doristeo con no poco alborozo, deseando que fuese aquel caballero herido el fugitivo Carlos. Entró Doristeo en su tienda y hallóle en la cama, con cuya vista fue grande la alegría que recibió. No menos la tuvo Carlos; que echándole los brazos al cuello le dijo: Padre mío, que así le llamaba como le había criado y doctrinado, ¿qué venida ha sido esta aquí que tanto regocijo me habéis dado con vuestra presencia? Más le recibiréis, hijo de mi alma, dijo el anciano Doristeo, si supiédes de qué parte vengo á visitaros. Sentóse en una silla y díjole cómo el Rey le mandó que de su parte supiese cómo se hallaba de las

heridas, y que después de saber de su salud, deseaba conocerle por el que había tenido encerrado en la cueva, y que de esto le había de resultar gran bien. Holgóse Carlos mucho de oír aquello, y díjole que las heridas no eran cosa de consideración que le obligasen desde ese otro día á estar en la cama, que besaba á su alteza su real mano por el favor que le hacía sin méritos de su parte. Aquí le preguntó Doristeo cómo había salido de la cueva, y él le dijo que una bizarra y hermosa dama le abrió la puerta, de cuya vista quedó muy pagado; y con esto le contó cómo la había dejado por irse tras el son de la caja de guerra, con todo lo demás que le sucedió, admirándose de oírsele Doristeo, porque no llegó á saber la resistencia de la justicia ni su prisión, ni tampoco daba en quién pudiese ser la dama que le abrió. Preguntóle las señas de su rostro, y como aquel que las tenía muy en la memoria, se las dijo, con que Doristeo presumió que sería la infanta Sol, pero no daba cómo hubiese podido hacer llave para la puerta ni aun saber aquel secreto. Estúvose con Carlos Doristeo una hora, y al cabo de ella se despidió, y fué á dar al Rey cuenta de que el herido era el verdadero Carlos. Holgóse el Rey de esto, y no veía la hora de verle; esotro día cumpliósele su deseo, porque Carlos fué á be-

sar la mano al Rey, y él le honró mucho, y le hizo conde con diez mil escudos de renta. Supo allí Carlos quién era, y el Rey dijo en presencia de sus caballeros la prueba que había hecho de él y cómo salió cierto lo que había dicho Enrique, su difunto padre, de la inclinación española, pues por tenerla á las armas, había señaládose en ellas más que todos y ocupado el puesto que gozaba.

En este tiempo murió el general Darisio de una aguda enfermedad que le dió, con que luego ascendió á aquel puesto Carlos, encomendándole el Rey su ejército y dándole orden para que con él siguiese al de Dinamarca hasta hacerle guerra; se entró en su tierra y él se fué á Cracovia, donde fue recibido con mucho regocijo de toda la ciudad, haciéndose muchas fiestas por la victoria; llevóse al rey de Suecia y á su hijo Felisardo consigo, teniéndolos en su corte en forma de presos, sin salir de un cuarto de su palacio, que era no poca pena para Felisardo, porque estaba muy deseoso de galantear á la hermosa Sol, con quien deseaba casar, y así le había dado de esto parte al rey su padre.

Volvamos á Carlos, que con su ejército entró en Dinamarca, y á dos jornadas se encontró con el del Rey nuevo, á quien osó dar batalla campal, en la cual fue también

preso como el de Suecia, por demasiado alentado y haber querido empeñarse en lo peligroso de la batalla. Su ejército, viendo preso á su Rey, se desbarató y volvió á entrarse la tierra adentro; no quiso seguir Carlos el alcance por ser ya la entrada del invierno y comenzar los fríos en aquella tierra, que son grandes, y así se volvió á Oracovia, donde se le hizo un recibimiento muy grande, por mandarlo así el Rey. Besóle la mano, y de él oyó muchos favores, con no poca envidia de los caballeros de su corte. Al nuevo Rey de Dinamarca aposentaron en otro cuarto de palacio, dándole gente que le sirviese y guarda que asistiese á tener cuenta con él.

El segundo día que Carlos llegó le hizo el Rey su almirante, dándole tierras y todo cuanto era de su padre. Con esta merced fue á besar la mano á las infantas, que ya lo deseaban, en particular la hermosísima Sol, que desde que le vió la primera vez le amaba. Allí conoció Carlos que quien le había dado libertad en la cueva era Sol, con cuya vista quedó muy enamorado.

Las dos hermanas le hicieron muchas honras, que así se lo mandó el Rey. Con esto Carlos era el más estimado caballero de la corte de Polonia, y á quien todos cortejaban y aplaudían por dar gusto al Rey, el cual comenzó desde entonces á ocuparle

en el manejo del gobierno del reino, hallando en él grandísima capacidad para todo.

En medio de estas felicidades fue el cielo servido de querer llevarse al rey de Polonia. Dióle una enfermedad en tiempo que los reyes de Dinamarca y Suecia trataban de medios de paz. Esta se hacía con ofrecerle feudo cada año, y así se concertó. Tenía el enfermo Casimiro noticia de cuán gran soldado era el rey de Dinamarca, y también la tenía del encogido ánimo del príncipe de Suecia, y así escogió al primero para yerno suyo, casándole con la segunda hija; esto dispuso hacer, aunque no lo publicó hasta que vió que su mal se aumentaba, manifestando los médicos que estaba muy de peligro. Visto esto, mandó juntar á los grandes de su reino, y hallándose todos en su aposento, y Carlos entre ellos, dijo estas razones:

Grandes y príncipes de Polonia, mi enfermedad crece de modo que los médicos afirman que es mortal. He mandado juntaros para deciros que la felicidad de un reino consiste en tener rey que le sepa gobernar con valor y prudencia; el valor para saber defenderle de sus enemigos, y la prudencia para saber guardar justicia, dándole á cada uno lo que le pertenece. Yo no dejo varón que me suceda; el reino ha de heredar Sol, mi primera hija, la cual deseo

que halle muy buen empleo en príncipe que tenga las cualidades que he dicho, de los comarcanos á este reino no hallo ninguno que me contente, y más por el inconveniente que hay en que, si caso á mi hija con príncipe heredero de reino, darále primer lugar al suyo antes que al mío, y al reino de Polonia no le está bien admitir segundo lugar, siendo tan poderoso que merece el primero. Para esto he considerado que mi hija case con vasallo mío, y éste con las calidades que he dicho: muchos hay que la merecen, mas el que más acción tiene á ser interesado en este favor es Carlos, á quien para experimentar su inclinación tuve en un encerramiento desde que nació hasta la edad de veinte años, poco más. Este es mi gusto, Carlos se case con mi hija Sol, y sean mis herederos, y á esto no me ha de contradecir ninguno, pena de la vida. En segundo lugar, quiero que el rey de Dinamarca case con Claudomira, mi segunda hija, obligado siempre á la promesa del feudo que ha prometido darme; y á Felisardo, si gustare, le daré mi sobrina Clarista, hija de un hermano mío, que por su muerte tengo en tutela.

A todo esto no le replicó vasallo, antes todos con mucho gusto se holgaron tener á Carlos por su rey, el cual, besando la mano á Casimiro, dió la mano á Sol, desposándo-

los el arzobispo de Oracovia, que se halló presente: lo mismo hizo el de Dinamarca con Claudomira, y Felisardo con Clarista, que fueron llamados allí para este efecto, estando de ello muy gustoso el rey de Suecia. Apretóse el mal del polaco, con que murió dentro de tres días, hiciéronsele sumptuosas exequias, y acabadas, fueron luego jurados por reyes de la Polonia Carlos y Sol, con que los lutos se convirtieron en fiestas; los demás señores se fueron á sus retiros con sus esposas, donde vivieron con mucho contento, y Carlos mucho más, que fue muy valeroso rey.

FIN DE «LA INCLINACIÓN ESPAÑOLA»

El conde de las legumbres

El conde de las legumbres

EL CONDE DE LAS LEGUMBRES

DON Pedro Osorio y Toledo, caballero nobilísimo, nació de ilustres padres en Villafranca del Bierzo, villa antigua, que confina con los términos del reino de Galicia. Crióse con su hermano mayor don Fernando Osorio y con una hermana llamada doña Constanza en su patria; mas por faltarle sus padres á los tres lustros de su edad, le fue fuerza valerse del camino que toman los hijos segundos que les están señalados unos cortos alimentos, y así siguió la guerra en Flandes, donde por sus heroicas hazañas, hechas en ofensa del rebelde holandés, de alférez que fue el primer puesto que tuvo, subió al de capitán, donde con

mayor fama mereció que el serenísimo archiduque Alberto le honrase con su majestad para que le diese el hábito de Alcántara, con futura sucesión de la primera encomienda que de aquel militar orden vacase. Con esto continuó su bélico ejercicio, hasta que hubo treguas con el enemigo, firmadas por un año; esto, y saber que su hermano mayor era muerto, le obligó á pedir licencia para dar una vuelta por su patria, que dos hijos que aquél había dejado, y asimismo su hermana, necesitaban de su presencia; los unos para su ampáro, y ella para tratar de su remedio.

Llegó don Pedro á Villafranca á tiempo que su hermana faltaba de allí quince días había, porque una tía suya, hermana de su padre, viuda, se la había llevado consigo á Valladolid, donde entonces estaba la corte, determinada esta señora de dejarla su hacienda, después de sus días, para que con ella se casase. Trató, luego que llegó don Pedro á su patria, de componer las cosas tocantes á la hacienda de su difunto hermano; y cuando ya las tenía puestas en razón y dejado á sus sobrinos en compañía de un deudo suyo anciano para que tratase de su crianza, determinaba irse á Valladolid á ver á su hermana. Previniendo estaba su partida, cuando un día que se halló en la plaza de Villafranca vió que por ella craza-

ban, enderezando á un mesón que estaba al fin de ella, mucha gente que acompañaba á dos literas; en la de adelante iba un anciano caballero, y en la que á ésta seguía una dama, cuya hermosura y gentil aliño dejó á cuantos la vieron aficionados, y mucho más á don Pedro, porque fue tanto lo que se pagó de verla, que embozado el hábito fué siguiendo la litera con una suspensión tan grande, que no miró la nota que de ello podía dar á los que con él estaban; vióla appear á la puerta del mesón, y si quedó pagado de su belleza, no menos lo fue de su bizarro talle y curioso prendido; finalmente, él quedó rematado por su hermosura, con que no sosegaba hasta saber muy de raíz quien era la que tan prestamente había triunfado de su albedrío y cautivado su libertad. Presto salió de este cuidado para ponerse en otros mayores, porque encontrándose con uno de los criados que la acompañaban, que acertó á salir del mesón á la plaza, le preguntó, cortés y agradable, le dijese quién era aquel caballero y dónde iba; el criado, que no era menos apacible, dijo estas razones:

Señor mio, el caballero por quien me preguntáis que es mi dueño, se llama el marqués Rodolfo; es un gran señor de Alemania; su venida á España fue á ser embajador ordinario en la corte de vuestro Rey,

por la cesárea majestad del emperador: trae á la hermosa Margarita consigo, hija suya, para casarla con Leopoldo, su sobrino, que asiste en Valladolid. Este caballero es bizarro y de grandes partes; y hallándose en lo mejor de su juventud, deseó ver tierras y salió de Alemania con ese intento; acompañado de cuatro criados, vió á toda Italia, Francia é Inglaterra, y paró en España, donde agradado de su temple y pagado de sus hijos, ha querido vivir en la corte con mucho lucimiento de casa y de criados, siendo muy favorecido de la majestad católica, y amado de todo lo noble de su corte, porque su generosidad y agradable condición saben muy bien granjear las voluntades de todos. Habíase tratado este casamiento de Leopoldo con la señora Margarita en Alemania; y cuando salió el marqués, mi dueño, con la merced de esta embajada, hizose más esfuerzo en esto, deseando el Emperador que tenga efecto; nuestra venida fue con tan mal temporal, que padecimos en el mar una tormenta tan peligrosa, que muchas veces nos veíamos á pique de ser anegados. Entonces el marqués, como tan cristiano caballero, hizo voto, si Dios le libraba de aquel peligro, por intercesión del glorioso patrón de las Españas, de quien es muy devoto, visitar el santuario en que se venera su santísimo cuerpo. Lle-

gamos á Valladolid, y apenas el marqués descansó quince días, en que se capitularon Leopoldo y Margarita, cuando quiso cumplir su promesa, viniendo á Santiago. No viene con él Leopoldo, porque le pareció no convenir, y así se queda en Valladolid á cuidar del despacho de la dispensación que se ha de traer de Roma por ser primos hermanos. Esto es lo que os puedo decir á lo que me habeis preguntado.

Agradeció don Pedro al criado la relación que le había hecho, y ofrecióle servirle, si en algo valiese, con que se despidió de él. Esta plática fue ya de noche, paseándose por la plaza, y hacia algo oscuro; de modo que el forastero no pudo notar en don Pedro las señas del rostro, porque él con cuidado deseó encubrirse de él. Apartóse el amartelado caballero con no poca pena de haber sabido lo del casamiento y que tan adelante estuviese; y así este cuidado como su amor no le daban un punto de sosiego. Aquella noche quiso de embozo ver cenar al marqués y á su hija; valiéndose del tercio que le hizo el mesonero, porque le puso en parte donde á su satisfacción dió buen cebo á sus ojos, que fue echar más leña al fuego. Esotro dia partió el marqués de allí, sin que don Pedro tornase á ver á su hermosa hija, porque la noche antes había discurrido sobre su penosa inquietud, y con-

vino para un nuevo capricho que le ocurrió que no fuese en ninguna manera visto de día del marqués, de Margarita ni de ningún criado suyo.

El camino de Santiago es áspero, porque todo el reino de Galicia es fragoso y así el marqués caminaba cortas jornadas, con que á don Pedro le pareció que su vuelta no sería en aquellos veinte días, haciéndose la cuenta de descansar en Compostela algunos, para tornarse á poner en camino con más aliento; dispuso con esto sus cosas, y despidiéndose de todos sus conocidos y amigos, se vino á Ponferrada, villa más hacia la corte, cuatro leguas de la que había dejado allí; se hospedó en un mesón, de donde no salía de día; las noches tomaba el fresco, con tanto recato de no tratar con nadie, que con ninguna persona de Ponferrada comunicó, sino con el huésped, de quien se hizo grande amigo y á quien dió parte de sus intentos. Tenía don Pedro un criado que le había servido desde que juntos salieron de Villafranca hasta entonces, en quien don Pedro había conocido mucha fidelidad y amor; á este nunca se reservó secreto alguno ni afición que tuviese; de suerte que para con él no había cosa oculta, salvo esta afición de que no le había dado parte. Conocía Feliciano, que así se llamaba este fiel criado, que su dueño andaba

con nueva inquietud, que tenía desvelo, pues las más de las noches se las pasaba sin dormir, dando vuelcos por la cama, suspirando, é ignoraba la causa de esto; veía por otra parte que en Ponferrada no estaba la causa de sus desvelos, porque á estar allí, ó de noche ó por de día no dejara de acudir á su martelo, porque un corazón afligido brevemente descubre su pasión con los que le tratan de cerca, pues las acciones manifiestan su pena, y descubren la causa de ella. Todo esto faltaba en don Pedro, si bien no las ansias de su pecho, que en el silencio de la noche no le eran ocultas á Feliciano, y como andaba con cuidado de saberlas, costóle algunos desvelos examinarlas con los oídos.

Un día, no pudiendo sufrir tanto silencio, hallándose solos, le habló Feliciano de esta suerte: Nunca imaginara, señor y dueño mío, que en tí pudiera haber tanto recato, que penas que encubres en tu pecho se me recelan, habiendo siempre sido el archivo de tus secretos y el fomento de tus empleos; poco me favoreces, pues cuando conozco en tí desasosiegos, inquietud y penas de amor, me las ocultas: véote desvelado las noches, retirado los días, y siempre con un profundo silencio y una grave melancolía, que me tienes puesto en notable cuidado; tú saliste de tu patria publicando que

ibas á la corte, has hecho asiento en esta villa, con tanto retiro de que te vean, que me traes confuso ver esto é ignorar á qué fin se hace; no ignoro que á los criados sólo le es dado servir á sus dueños con puntualidad y amor y obedecer sus órdenes y mandatos, y no querer saber de ellos más de lo que les digan; yo he seguido hasta ahora este estilo; mas con la licencia que me tomo por la antigüedad de criado tuyo, siempre fiel en tu servicio, me atrevo á preguntarte: ¿qué designio te ha traído aquí? ¿Por qué causa vives con desveles? Y ¿qué intentas hacer en esta posada, retirado de las conversaciones, que es lo que muchas veces, ó las más, divierte las penas? ¿Merece más este huésped, conocido de cuatro días, que un criado que te ha servido durante muchos años? Decláreseme este enigma, que no es mi consejo tan para desechar, que en algunas ocasiones no te has valido de él. Aquí dió fin á su justa querrela Feliciano, y su amo principió á su satisfacción de esta suerte.

Feliciano amigo, resistir uno su estrella mal puede, si del cielo está determinado que ha de dominar en él, aunque comunmente se dice que el sabio tiene dominio sobre ellas; yo debí de nacer para amar una beldad que ha rendido mi pecho, ha sujetado mis potencias y puesto en prisión mi

albedrío; y así, resistirme á lo que los hados disponen; será yerro; déjome llevar de mi afición, con conocimiento de que sigo un imposible y que intento una temeridad, y por eso me ves imaginativo, desvelado y melancólico, sin sosiego las noches, con silencio los días, y padeciendo entre mí muchas penas, nacidas de que amo donde tengo por dudoso el premio de mi amor, con un impedimento que me desmaya la esperanza; al fin, por no tenerte confuso, yo ví aquella beldad, aquel serafín humano, aquel portento de hermosura, que pasó por nuestra patria en compañía del marqués Rodolfo, su padre; las partes que hay en ella, pues tú la viste, bien serán disculpa de mi arrojamiento de amarlas, conózcolas, ámolas, mas hay un estorbo que me impide el pretenderlas. Esta dama, que es su nombre Margarita, está capitulaba con un caballero, primo suyo, llamado Leopoldo, de tantas partes, que para competidor sobran; ya amé, ya quise, ya padezco; retroceder de esto, téngolo por imposible hasta probar los vados que en esto hay; galantearla un caballero, pobre como yo, cuando la espera otro esposo galán, rico, bien entendido, conocido y con sangre suya, es disparate; porque ¿de qué suerte introduciré este amor de manera que llegue á recibir un papel mío? Mi sangre no es inferior á la su-

ya; pues la casa de Astorga y la de Villafraanca honran mi origen noble; en esto no podían reparar, si mi suerte fuera tal que con más conocimiento me hubiera visto en la corte; á ella vuelve de su romería, y sólo tengo de término para comunicarla tres meses, que será lo que tardare en venir la dispensación; he hecho varios discursos sobre el introducirme con ella, y el que más en mi favor está es fingirme loco y procurar con donaires caerla en gracia en esta villa, para que de ella me lleven consigo á la corte. Esto se me ofrece por ahora, aunque sea en desdoro de mi opinión; mas fíome en que en la corte seré conocido de pocos, por haber mucho tiempo que estoy fuera de España; sin esto el traje que pienso ponerme ha de ser ridículo, y esto me hará ser desconocido de todos é introducido en la casa del marqués, donde no pienso perder tiempo, porque hay también en mi favor saber de quien me hizo información de esta dama que no admite con mucho gusto el casamiento, por ver á su primo muy distraído con mujeres. El comunicar esto con el mesonero me ha estado á cuento, porque él ha de ser el todo de mi introducción, deseando que haga un informe de mi persona muy en favor mío. Con esto sabrás, Feliciano, mi amor, mi pena y mis intentos.

Parecióle á Feliciano á propósito la traza de su dueño, pues por otra alguna no podía introducirse con su dama, y así fueron disponiendo algunas cosas para que tuviese mejor efecto; y la primera fue vestirse don Pedro de un hábito ridículo, que era á lo antiguo, con follados de paño verde, ropilla de faldas grandes, capa de capilla redonda, muy corta, y una gorra de Milán verde, de terciopelo; con este hábito se mudó á otra posada, que era de un hermano del huésped, persona de quien también fiaron el secreto, costándole esto á nuestro don Pedro algunos doblones, de muchos que había traído de Flandes, con algunas ricas joyas de diamantes, ganado todo al juego en que era muy dichoso.

Volvió pues nuestro marqués con su hermosa hija de su romería, y antes de llegar á Ponferrada los palos de la litera en que venía se rompieron: de modo que al anciano le fue forzada ponerse á caballo y llegar así á la villa, donde trataron luego de hacer otros para proseguir su viaje; no había en aquel lugar maestro tan diestro que hubiese hecho semejante hacienda; y así no se la pudo dar en dos días; pena para los caminantes ver esa detención.

Posó el marqués en el mesón donde había estado don Pedro, por ser el mejor de aquel lugar, y esa fue la causa por qué él

le había dejado y mudado de posada en otra cerca de aquella. Instruido el huésped en lo que le había de decir al marqués para la introducción de su persona, vínole la ocasión como la podía desear; porque como es propio de señores ociosos el preguntar en ajeno lugar por las cosas particulares de él, el marqués, deseoso de saber lo que en Ponferrada había, mandó llamar al huésped. Era muy afable caballero el embajador, y habíase visto en España algunas veces; de manera que sabía la lengua de ella como si fuera nacido en su reino; pues como el huésped estuviese en su presencia, le comenzó á preguntar la antigüedad de aquella villa, las casas ilustres que había en ella, el trato de sus vecinos, la hermosura de sus damas y otras mil menudencias, á que satisfizo el huésped, dando larga cuenta de todo; y entre las cosas memorables que contó de aquella antigua villa quiso poner la de la persona de don Pedro, hablando de él con estas razones.

Entre muchas cosas de que á vuestra excelencia he dado cuenta, tocante á esta antigua villa, que causan admiración, una que le prevengo sé que le ha de dar notable gusto. A este lugar vino, habrá quince días, un hombre vestido á lo antiguo, de paño verde, y tratado de algunas personas de este lugar, le preguntaron quién era. A

que respondió que él había salido del río Sil, que baña los muros de aquel lugar, y que era de gran prosapia en Galicia; hácese llamar señoría porque se intitula conde de las Legumbres; los disparates que dice acerca de apoyar su título son ridículos, de modo que á todos hace reir; no sale mucho de la posada en que está, trátase bien, y no sabemos de donde le socorren; tiene sólo un criado, que le lleva su peregrino humor, y de esta manera pasa; tengo por rara maravilla no haber venido á visitar á vuestra excelencia, que es muy amigo de comunicarse con forasteros.

Dióle al marqués mucho gusto lo que su huésped le contaba, y rogóle que se le trajese á su presencia, ayudándole á esto la hermosa Margarita, que estaba presente á esta plática; obedeció el huésped solícito, porque le importaba traer á don Pedro allí: y así salió de su casa á la de su hermano para hacer que viniese, advirtiéndole primero al Embajador que le había de tratar con muchos honores, si quería gozar de él gustoso: porque cuando no hallaba este agasajo, se desesperaba; prometiósele así, con que el huésped fué por don Pedro, el cual vino vestido en la forma que le había dicho al Embajador; extrañóle el traje, y así mismo á la hermosa Margarita; acompañaba á don Pedro, Feliciano, su criado; salióle el

marqués á recibir á la puerta de la pieza donde estaba, diciéndole: Bien sea venida la gala de España y la flor de todos los caballeros de ella. No gana vuestra excelencia las albricias, respondió don Pedro, en decirme esto, que muchos han alabado á la naturaleza por lo perfecto que me crió. Yo seré uno más de los de ese voto, replicó el marqués, que un diamante finísimo á todos parece bien; y así, ese talle, con las perfecciones que el cielo puso en él, es agradable objeto de cuantos le miran. Ya don Pedro llegaba á la presencia de Margarita, y así, fingiendo aún más suspensión de ver su grande hermosura de la verdadera que tenía, dijo: Cesen ya las alabanzas de mi perfección, señor marqués, que es tiranizárlas á esta dama; decidme si es hija vuestra para que participéis de las alabanzas que la diere, por genitud de una beldad, que es prodigio de nuestro hemisferio, milagro de la naturaleza y asombro de los vivientes, si bien dulce y regalado objeto de los ojos, imán de las voluntades y poderosa flecha de Cupido; juro á fe de conde, que en este breve instante que he mirado su beldad, me tiene el alma tan rendida, que ya no soy mío, ni mi libertad prenda propia de mi alma. Tantas son vuestras ponderaciones, señor conde, dijo la dama, que me dejan sospechosa de que se pasan á lisonjas, é intro-

duciros conmigo por ellas viene á ser des- crédito vuestro, pues no aconsejaría á galán ninguno que al principio de su empeño mostrase sus defectos, pues es dar recelos de su verdad. La mía es, dijo el enamorado caballero, pura, cándida, limpia y sin mácula de socarronería, como veréis siempre en mí. Siéntese vuestra señoría, dijo el marqués, que le queremos muy despacio. Así pluguiese al Plasmador del orbe, dijo don Pedro sentándose, mas veo que ha de ser tan breve este contento, tan momentáneo este júbilo, que menos que punto me ha de parecer la corta asistencia que habéis de tener en esta villa, no lugar terrestre, sino cielo hermoso, pues ha merecido que esta deidad ponga sus divinas plantas en él. Ahora bien, dijo el marqués, comiéndose vuestra visita con decirnos quién sois, que hablar con caballeros, de quien tenemos cortas noticias, es darnos causa á ser groseros y cortos en las cortesías que se les deben. No lo podéis ser, dijo el disfrazado caballero; mas para que mi amor y deseos de serviros se entablen con fundamento de saber mi origen, dadme atención.

El reino de Galicia fue gobernado antiguamente por condes, y después por reyes. Imperaba Gundemaro, señor de este reino, el cual quedó viudo del segundo matrimonio, de quien tuvo sucesión á la infanta

Teodomira, quien reinando después fue llamada la reina Loba; esta se enamoró de Rearedo el galán, uno de los ricos hombres de Galicia, que siempre siguió la corte; era dendo del Rey, aunque poco, y muy favorecido suyo, con que pudo tener entrada en el cuarto de la infanta, y llegar á merecer sus brazos. De aquella amorosa unión fui yo engendrado, y llegado el tiempo de nacer al mundo, era en ocasión que el Rey se halló en el cuarto de su hija; diéronla los dolores y como primeriza en esto, no pudo disimularlo en la presencia de su padre, y él se pensó que otro accidente le había sobrevenido. Lleváronla sus criadas á la cama ignorando el verdadero mal que la fatigaba, y á pocas horas llegó el parto, en que me arrojó al mundo para conocer en él mis desdichas. Cuando me acabó de parir mi madre, que fue en brazos de una criada, tercera de sus amores, salió conmigo á entregarme á un hermano suyo, que estaba avisado para esto, y al salir del cuarto de la infanta encontré con el Rey, que venía á verla; temió que curioso quisiese examinar lo que en la falda de la ropa llevaba, y así, se volvió por excusar este lance, y atrevióse á bajar al jardín, y por una puerta que caía al río Sil me arrojó en él metido en una cestilla de mimbres, dando cuenta á la infanta cómo me había entregado á su her-

mano, como estaba dispuesto antes; surcando iba las cristalinas ondas del claro río, cuando las aguas se dividieron, y yo fuí sumergido en ellas, y recibido en los brazos del mismo Sil, y cercado de sus hermosas ninfas, fuí llevado á su cristalino albergue; bien pensaréis que esto es poética ficción de las que maquinan los poetas; pues creedme, que pasó como lo digo.

En este oculto albergue fuí criado de las ninfas y doctrinado del anciano río, que deseó sumamente que yo saliese consumado en todo, y para esto puso toda su diligencia, en mi enseñanza; supe tres ó cuatro lenguas, en especial la latina, con más cuidado que todas; bien sería de cuatro lustros cuando amor quiso que su fuego tuviese jurisdicción en el agua, porque se le diese feudo, como absoluto señor de lo terrestre y acuátil. Había entre aquel virgíneo coro de ninfas una de quien el anciano Sil hacía más estimación que de las demás; llamábase Anacarsia; sus gracias eran superiores, porque su hermosura era singular, aventajando con ella y sus compañeras con el exceso que el Delfico planeta aventaja en luz á los celestes astros; el tocar todos los instrumentos lo hacía con suma destreza, su entendimiento era superior; en fin, ella era un prodigio en todo. De esta beldad me aficioné de modo que no tuve hora de sosiego

después que el niño dios hirió mi corazón con las flechas de aquellos hermosos ojos; era dificultoso el declararme con ella, por haber poco lugar de dejarnos á solas las que habitaban aquel palacio cristalino; pero un día que todas las ninfas asistían en una academia de música y versos, con que entretenían al padre Sil, fingióse enferma la divina Anacarsia, sólo á fin de que yo tuviese lugar para hablarla; estaba avisado de su traza, y así me fuí á su aposento, donde la hallé en su mullido lecho, afrentando con su nieve animada al candor de las sábanas, y con su hermosura al mismo sol: turbéme cuando me hallé en su presencia, propio efecto de los que bien quieren; mas cobrándome algo, pude en balbucientes razones decirle estas: Hermosísima ninfa, gloria de este undoso albergue, si pena para las almas que advierten en tu hermosura, la mía desde que te vieron mis ojos se ha entregado á servirte, que ya no tengo dominio en ella; tuya es, por tuya se tiene, trátala como á prenda de quien te la entregó con puro amor y encendida voluntad. He tenido á gran favor que permitieses darme este lugar para hacerte sabedora de mis amorosas pasiones; y si tú las remedias, como son bien entendidas, dichoso yo que á tanta dicha he llegado.

Cobróme afición la hermosa Anacarsia, y

así, á mis amorosas razones correspondió con otras, con que me dejó favorecido y con esperanzas de mayores premios, si no las atajaran los pasos del undoso Sil, que como me echase menos en su academia, y juntamente á su hermosa ninfa, acudió luego á su albergue á ver qué hacía; y llegándose á él con pasos quietos, pudo escuchar toda nuestra amorosa conversación, con que enojado conmigo quiso que no pasase á más mi atrevimiento; y así cercando el albergue de Anacarsia de claras olas, cubrió la puerta del aposento donde habitaba la ninfa, sacándome á mí de él violentamente, y de allí á la ribera del río, de donde oí una voz que me dijo: Gundemaro, tú eres descendiente de reyes, aunque ha tiempo que dejaron su cetro, y le posee otro fuera de su línea; naciste gentil; tú escogerás la ley que más te ha de convenir, que es la que observa ese reino que fue de tus antecesores; tu expulsión de mi morada ha sido justa, porque no era razón consentir amores ilícitos con quien me tiene ofrecida su pureza, y yo á ella mi amparo y patrocinio; vive de hoy más en tu reino, y cree que deseo tus aumentos mucho, y así yo tendré especial cuidado contigo. Dijo, y con un remolino alborotó las aguas, quedando allí un rato quietas, como si tal cosa no hubiera pasado; la parte donde me hallé fue en una huerta de

hortaliza, en un cuadro sembrado de perejil, túvelo por buen agüero, porque de aquel sitio se derivó mi nombre; y así, después que tuve el agua del bautismo, me llamo don Pedro Gil de Galicia, tomando el apellido del reino que fue de mis padres, que ha cuatrocientos años que murieron, según he sabido por fieles tradiciones. Esto soy, con que me llamo conde de las Legumbres, estado que he prohiado á mí; porque un hombre tan ilustre como yo no ha de vivir como particular caballero. Mi origen he dicho; mi prosapia he publicado; si mis partes merecen ¡oh ilustre marqués! que con ellas me atreva á servir esta prodigiosa hermosura, esta singular belleza y este templo de todas las perfecciones, vuestra licencia espero, vuestro beneplácito aguardo; mi nueva y encendida afición pide que no me lo negueis, pena de contravenir á ello, que dé fin á esta vida, en que se pierde el más importante caballero que tiene la Europa y el deudo más honrado que tiene el católico Filipo.

Acabó aquí su plática, con tantos encaucimientos y tan notables afectos, así de visajes como de significación, que fue mucho no disparar la risa el marqués y su hermosa hija. Filiciano estaba admirado, considerando á cuánto obliga el amor, pues á un caballero de tan gran juicio, que en la

milicia se tomaba su voto por el primero, haciendo acciones de haberle perdido, se procuraba introducir por juglar para galantear á aquella dama. Después que el marqués hubo compuéstose, porque la risa de parte de adentro aún no la tenía sosegada, le habló desta suerte: Señor don Pedro Gil, ilustre y fresco conde de las Legumbres, mucho me he holgado de conocer vuestra persona y saber vuestro prodigioso nacimiento y crianza, y á no certificármele vuestra autoridad, creyera que me contábades ficciones que intentan los autores de los libros de caballerías, pues por fuerza de encantamientos vivían los hombres y las mujeres en ellos quinientos años, debo dar crédito á un caballero tan legumbroso como vos, con la dignidad de conde á costas, que acrecienta decoro al trato y respeto á la persona; la mía queda desde hoy tan aficionada á vuestras partes, que no perderé vuestra amistad en cuanto la vida me durare, y quisiera ser natural de estos reinos para estar más cercano á vuestro servicio; pero lo que en ellos asistiere, que será lo que la voluntad del César dispusiere, eso me tendreis muy pronto á serviros; en cuanto á daros licencia que sirvais á Margarita, desde luego os la doy, y á ella licencia para que os admita el galanteo, pues sé cuanto gana en eso; pero ella está capitu-

lada con un primo suyo y despachado por la dispensación á Roma, para hacerse, luego que venga, sus bodas; esto es un atasco para no pasar adelante con vuestro desee; no me pesa poco no haberos conocido antes para que, granjeando en vos un yerno tan ilustre, mi casa quedara calificada con sangre de reyes de Galicia; los más galanteos llevan su fin al matrimonio, esto no puede ser, pues galantear sin este fin, ni vos lo querreis ni el esposo que aguarda Margarita.

Aquí nuestro disfrazado caballero hizo grandísimas demostraciones de sentimiento, oyendo lo que el marqués le decía, con que aumentaba la risa á los circunstantes, que ya no podían abstenerse de ella, y mucho más á la hermosa Margarita, lastimándose igualmente con su padre de ver en un buen talle y sujeto perdido el juicio con aquellas locuras, y que tuviese por tan cierto haber nacido quinientos años había y ser aborto del río Sil. Mientras algunos criados de porte ponían dificultades en la relación que les había hecho don Pedro, y él estaba allanándoselas, comunicó el marqués con su hija un pensamiento que le había ocurrido, que era llevarse á don Pedro á la corte; porque sus donaires y singular capricho no era posible sino que les había de entretener mucho, no quitándole el tra-

tarle como hombre principal, informados del criado que lo era, y que en el fin de una grave enfermedad quedó con aquel delirio. Vino la hermosa Margarita en que le llevasen, dejando para otra visita el declararse con él. Don Pedro Gil significó al marqués á la despedida que ya que su amor no podía aspirar al fin de merecer la mano de su hermosa hija, por lo menos no le quitase la gloria de amarla con amor casto y limpio, que ese ni aún su esposo le tendría por sospechoso. El marqués se lo permitió, diciéndole que á la noche fuese su huésped en la cena, que tenía que comunicarle algunas cosas; aceptó con mucho gusto don Pedro, y despidióse de esta visita.

Quedaron el marqués y sus criados hablando sobre la persona de don Pedro, admirados de su nuevo capricho y loco tema, y el marqués trató con ellos cómo tenía determinado pedirle que fuese con él. Acertó á hallarse allí el mesonero, y díjole: Dudo mucho que don Pedro Gil haga eso, si es que ha de ser tratado como á inferior, porque es puntuosísimo y vano; y caso que se determine, en el modo de caminar también hallo dificultad; porque ir vuestra excelencia en litera y él á caballo, dudo mucho que venga en ello. Para eso daremos un remedio, dijo el marqués, y es que Marga-

rita le mande que la vaya galanteando cerca de su litera, que si prosigue en lo enamorado, no lo podrá rehusar, é irá en un macho regalado que traigo conmigo para salir á caballo algunos días, que me canso de la litera, que por ser diferente en el adorno y buen aderezo que lleva de las demás cabalgaduras, no lo despreciará. Esto concertado, cuando anocheció vino don Pedro Gil á la posada del marqués, hallándole muy afable al recibirle; tomó silla cerca de la hermosa Margarita, que fue para él sumo favor; hablaron en diversas cosas, hallando el marqués en él un entendimiento muy capaz, si no se descompusiera con algunos donaires disparatados que decía, costándole algún cuidado para deslumbrar su conocimiento. Cenaron gustosamente, porque en toda la cena no cesó don Pedro de decir donaires y apodos á los circunstantes, con lo que los tuvo muy entretenidos. En levantando los manteles, el marqués habló á don Pedro de esta suerte:

Señor conde, lástima es que esa persona, adornada con tantas partes de cordura, se malogre en esta pequeña villa, y que no participe y se honre de ella la insigne corte del rey de España; ya he sabido que corta posibilidad estorba no estar donde digo, con la autoridad que esa persona merece; pero si se determina, por la afición que le

he cobrado, estimaré en mucho que vuestra señoría se quisiese dignar de irse conmigo á Valladolid, adonde le tendré en mi casa con el decoro que se debe á quien es, sin que le cueste nada; de estar allí se le sigue que, conocidas sus partes, halle esposa igual á ellas, de calificada sangre y con riqueza, pues tratará con algunas señoras Margarita que las pueda hacer inclinár á esto; alcance yo este favor de que vuestra señoría quiera ir conmigo, pues el amor que muestra á Margarita, que es puro y sincero, me asegura que no ha de disgustar á su esperado esposo. A esto que he dicho aguardo su respuesta, halle yo la que merece mi voluntad y bien nacidos deseos.

Notablemente se holgó don Pedro de que hubiese surtido efecto su traza, y no menos que yendo por huésped del marqués y cerca de su adorado dueño. Lo que le respondió fue esto: señor excelentísimo, sola esa voluntad y amor de vuestra excelencia podían sacarme de esta villa, donde determinaba acabar mi vida en sus soledades, pues cuando un conde como yo se halla con obligaciones á que mirar, poca renta con que acudir á ellas, desdicha de estos calamitosos tiempos, lo mejor que le puede estar es retirarse donde sea conocido por quien es, aunque ande sin el fausto de

criados ni tenga más que un moderado vestido; yo no saliera de esta villa en toda mi vida, mas vuestras instancias pueden mucho, juntamente con esta beldad, que atrae á sí los corazones, como el tracio Orfeo con su dulce lira los fieros animales, plantas y piedras; vuestro soy desde este día; no quiero advertiros el trato que se le debe á la calidad de mi persona, pues ya os consta mi regia sangre y título que poseò. Ir sirviendo en este camino á la beldad de vuestra hija es para mí uno de los mayores favores que me podeis hacer, y así acepto cuanto me ofreceis con mucho gusto. Trataron del modo que habían de continuar aquel camino, y el marqués allanó con don Pedro Gil que había de asistir en él, cerca de la litera de su hija, yendo en un macho regalado de su persona, cosa que aceptó don Pedro con mucho contento, y lo que quedó el marqués de ver que la fineza de su amor olvidase la comodidad del caminar, cuando todos pensaban que escogería litera, como él la llevaba, ó que no fuera. Esto concertado, el día siguiente don Pedro puso en la litera á Margarita, gozando de que con su ayuda ella se acomodase, valiéndose de sus brazos, y esto le duró desde que salió de Ponferrada hasta que entró en Valladolid. Las cosas que le iba diciendo por el camino, así de ternezas como de

donaires, entretuvieron á la hermosa dama mucho, exagerándole á su padre en cada posada á que llegaban lo divertida que había venido aquel día con don Pedro Gil de Galicia.

La última jornada que caminaron quiso don Pedro certificarse de su dama si apetecía el casamiento en que estaba capitulada, y así, buscando conversación á propósito, en que no fuese esto traído por los cabellos, como es ordinario en los afligidos descansar su pena con cualquiera persona que comunican á menudo, aunque conocía el sujeto de don Pedro Gil, á la pregunta que le hizo de si tomaba gustosa estado, le respondió: Señor don Pedro Gil, no hay duda sino que en mi primo Leopoldo hay partes para ser amado; mas hallo contra mí una condición en él, tan inclinado á tratar con varias mujeres, sin reparar en estados, sean altos ó bajos, que me quita gran parte del gusto que tengo en este consorcio, lo que no hiciera á haber en él enmienda después que me ha visto en España, pues esto le había de poner freno, para que con más veras fuera amado de mí: Dios sabe con el temor que tomo estado; pues quien en los principios halla estos tropiezos ¿qué puede esperar adelante? La obediencia de mi padre y la conveniencia para su casa con este casamiento me hace

no salir un punto de su gusto; ya me he determinado; lo que hago es rogar á Dios que mis agasajos le obliguen para que con el conocimiento de ellos él se reforme. No quisiera don Pedro que tan en ello estuviera Margarita, sino que tomara esto con menos gusto, para que su introducción hallara más esperanza que las que se prometía. Hablola en esto muy á su propósito, abonando la parte de su primo con decirle que podía esperar en él enmienda, y propuso entre sí de esforzar cuanto pudiese su pretensión, declarándose con la dama en la primera ocasión que se ofreciese. Con esto llegaron ese día á Valladolid, saliéndoles Leopoldo á recibir media jornada antes de su llegada. Fue recibido del marqués y de su prima con mucho gusto, cosa para el disfrazado don Pedro de poco; porque viendo el buen talle y persona de Leopoldo, le causó no pocos celos é hizo titubear en la empresa.

El marqués dió á conocer la persona de don Pedro á su sobrino de esta suerte. Conoced, señor sobrino, á este caballero que nos viene desde Galicia favoreciendo, que su persona y partes merecen todo agasajo, como yo se le he hecho, bien debido á la real sangre de donde descende y á ser conde de las Legumbres, estado tan dilatado, que en cualquiera parte tiene vasallos que

le obedecen. Reparó Leopoldo en don Pedro, y así de su traje como del nombre y título infirió que aquel personaje era hombre de humor y que como á gracejante le traían consigo; y así, por convenir en su presencia con lo que su tío le había dicho, se volvió á don Pedro, á quien dijo: Mucho me he holgado, señor conde, de conocer á vuestra señoría, y mucho más de que venga haciendo este favor al marqués, mi señor, y á mi prima; con los dos me ofrezco por su servidor y amigo, que basta haber estimado su persona y partes para que yo les imite. Agradeció don Pedro el favor que Leopoldo le hacía, y así le dijo: Todo lo que tocare á la hermosa Margarita debo tener en mucha estimación; esta haré de aquí adelante de vuestra señoría, deseando valer algo para que me ocupeis en vuestro servicio todo el tiempo que el señor Embajador gustare que le esté asistiendo en su casa. Qué ¿ese bien más tenemos? replicó Leopoldo; yo quedo con esto gozosísimo, pues tan de puertas adentro nos viene. No sé cómo le tendréis por tal, dijo el marqués, porque el señor don Pedro Gil viene muy enamorado de vuestra prima, y este conocimiento entró por amor, si bien ya me ha asegurado que después que supo su empleo se ha quedado convertido en amor de hermano, y con ese viene favoreciéndolo.

la. Así es, dijo don Pedro, para que no tengais recelo ninguno; que á no aseguraros de esto, pudiérais tener alguna inquietud, y no solo vos, mas el mismo Narciso, que con mi gala y entendimiento no hay en el orbe quien compita. Ese conocimiento me queda, dijo Leopoldo, en lo poco que ha que os he visto; y así, fiado en vuestra palabra, me aseguraré, lo que sin ella no hiciera. Con esto llegaron á la corte, donde al apearse el Embajador en sus casas, halló muchas señoras que estaban aguardando á su hermosa hija. Apeóse Margarita en los brazos de su esposo, nueva pena para el enamorado don Pedro, que ya iba sintiendo de veras los celos. Aquella noche hubo una espléndida cena, en que cenaron cuantos se hallaron allí á su recibimiento: fue prevención del galán Leopoldo, comenzando desde este día á mostrar sus finezas. Posaba este caballero dentro de la casa del Embajador, y también don Pedro, señalándole allí un cuarto muy bueno, como si no viniera en cuenta de juglar, porque de aquel modo quería entretenerse á sí y á la corte con don Pedro: él se fué á acostar después de la cena, no poco cuidadoso de verse empeñado en empresa donde hallaba tantas dificultades, dudoso cómo podría salir con ella, cuando de por medio había tantos empeños, y el mayor el ver la resolu-

ción de Margarita en obedecer á su padre, aún conociendo la condición de su primo. No le animó mucho su criado Feliciano, antes le reprendía su determinación, pues se había expuesto á aparecer truhan en una corte por lo que no había de alcanzar: en varios discursos pasaron gran parte de la noche los dos, resolviéndose don Pedro á que en declarándose con Margarita, si no era de ella bien admitido, volverse á Galicia.

Seis días continuaron las visitas de los caballeros y damas, con quien el Embajador y su hija se comunicaban, y en todos ellos sazonó sus conversaciones don Pedro con muchos donaires que dijo, cayéndoles á todos en mucha gracia, celebrando cuantas decía, con que corrió la voz por la corte de que era el más entretenido bufón que en ella había entrado. Aconsejaban algunos al Embajador que le llevase á palacio, porque le aseguraban que el Rey gustaría mucho de él: vino á oídos de don Pedro, y enojóse mucho, diciendo que los señores como él, que tenían por dudoso el agasajo debido á su autoridad y sangre que el Rey le haría, no habían de ponerse en ocasión de tener después sentimiento de haber andado corto con él. No quiso el Embajador disgustarle viéndole rehusar ésto, librando el convenirle para cuando estuviese sazonado.

Habían caído enfermos dos criados de Leopoldo, de quien fiaba sus amorosos empleos, y aunque pudo abstenerse de su condición, en tiempo que debía andar ajustado por contentar á Margarita, no miró á ésto, sino á seguir su gusto, y así le pareció salir de noche, acompañado de Feliciano, sabiendo que era hombre de buenas manos para fiar su seguridad de él; llevóle consigo tres ó cuatro noches á una casa, donde salía muy á deshora de ella; aunque entraba allá Feliciano, no quiso ser curioso en averiguar quién era el dueño de aquella casa hasta la tercera ó cuarta noche que asistió allí, y hallándose con una criada, que deseó seguir el ejemplo de su ama con Feliciano, la preguntó cómo era aquella casa y quién la dama del empleo de Leopoldo.

Con amor mal se guarda silencio; era criada, y con esto está dicho que diría cuanto le fue preguntado; de su información sacó Feliciano que aquella casa era de la tía de su dueño, y su hermana la dama á quien Leopoldo hablaba, con palabra que primero la había dado de casamiento, y proseguía en esto porque su gran retiro la tenía ignorante del casamiento que Leopoldo tenía capitulado con su prima. Sabido esto por Feliciano, lo trasladó á la noticia de su dueño esotro día, de que don Pedro quedó tan

absorto como indignado contra su hermana, si bien este procedimiento de Leopoldo, con quien tanto le tocaba, le esforzó su esperanza, viendo que por aquel medio le facilitaba más su empresa, pues era cierto que viviendo él é igualando en sangre á Leopoldo, no había de consentir que con otra se casase sino con su hermana, á quien debía su honor. El medio que tomó para ver la resulta de este empeño fue que Feliciano dijese á la criada cómo Leopoldo estaba capitulado con su hermosa prima, exagerándole sus partes para que ella diese copia de esto á su hermana, aguardando lo que haría sabiendo su agravio. Hízose así como lo dispuso don Pedro, y á la siguiente noche, que ya doña Blanca (así se llamaba la hermana de don Pedro) tenía sabido esto, tuvo una gran pesadumbre con Leopoldo, si bien él negaba á piés juntillas el estar capitulado ni tratar de casarse con su prima, y así procuraba satisfacer á doña Blanca en esto. Ella fingió darse por satisfecha, con pretexto de hacer el día siguiente una apretada diligencia sobre ello, con que despidió á Leopoldo, yendo él muy contento en pensar que quedaba su dama muy satisfecha; pero fué con propósito de no volver á verla tan presto, fingiéndose indispuerto. Supo esa misma noche don Pedro, de Feliciano, todo cuanto había pa-

sado entre doña Blanca y Leopoldo, y sintió mucho que su hermana hubiese dádose por satisfecha de quien la trataba con tanto engaño; quiso se pasasen dos días, hasta ver qué era lo que su hermana hacía, mandando á Feliciano que estuviese á la mira de todo.

Esotro día de la satisfacción de Blanca, ella con la rabia de los celos no tuvo sufrimiento para esperar á más, y quiso saber su agravio de buen original, que fue de la boca del marqués; tomó un coche, y yendo de embozo, se fué á su casa en tan mala ocasión, que habiendo llegado á los corredores de ella para hacer llamar al Embajador, se encontró con Leopoldo, el cual, conociéndola, en breve se le ofreció presumir á lo que venía, que era á dar cuenta al Embajador de su casamiento y á mostrarle la cédula; y así era como lo imaginaba, que doña Blanca se dió por satisfecha de Leopoldo al cargo que le hacía de casarse con su prima, con ánimo de acudir el día siguiente á saber del Embajador todo esto. Recibíola Leopoldo con muchos agasajos, aunque ella no le mostró buen semblante, cosa que acreditó en Leopoldo más su sospecha; díjola que le importaba hablarla sobre cierta cosa; y para eso que sería cómodo puesto un cuarto separado del de su tío; porfiaba Blanca que antes que le hablase había de

estar con el Embajador, y esto defendía Leopoldo, diciéndola que estaba ocupadísimo en ver un pliego que le había venido de Alemania, enviado del César. Tanto la persuadió á que le había de hablar antes que ella al Embajador, que quiso por entonces Blanca darle gusto á Leopoldo; y así, el caballero se valió del cuarto de don Pedro, pidiéndole que tuviese allí aquella dama mientras él volvía á hablarla, en asegurando á su tío y prima; como Blanca estaba de embozo no la conoció don Pedro, aunque se sospechó, por lo que había sabido, que era su hermana; tampoco Blanca conoció á su hermano, porque el traje que vestía era singular, y además de esto traía anteojos, con que se disfrazaba mucho. Acompañó don Pedro á su conocida hermana, y dejándola en su aposento cerrada, volvió á buscar á Leopoldo, para saber qué determinaba hacer de aquella dama; él se ocupó un largo rato con su tío, y así no pudo salir, con que envió á decir á don Pedro que entretuviese á aquella señora por un rato, diciéndola en disculpa suya que precisa ocupación le estorbaba que no viniese tan presto, pero que no podría tardar. Entró don Pedro en su cuarto, cerrándose por dentro para verse á solas con la dama. En tanto Margarita había sabido que su primo había hablado con una embozada en el co-

rredor y pedido á don Pedro que la llevase á su cuarto, y apasionada de celos quiso saber quién era, con la ocasión de poderlo hacer muy á su salvo por una puerta que de su cuarto iba al de don Pedro, de quien tenía la llave; hizolo así, abriendo muy quietamente por no ser sentida, esto fue á tiempo que don Pedro entró en su cuarto, y pudo hallar sin embozo descuidada á su hermana, que aguardaba á Leopoldo, bien segura que no podría ser vista de otro. Luego que la conoció, sin dar lugar á que echase sobre el rostro el manto, la dijo estas razones:

Mujer indigna de la noble sangre que heredaste de tus antecesores y de llamarte hermana mía, ¿es posible que, olvidada de las obligaciones que te corren, confiada en una leve palabra, vengas tan en oprobio tuyo á esta casa á renovar la infamia que has hecho, á rogar á quien te olvida, á persuadir á quien con falso modo te engaña? Si llevada de tu ciego amor querías este empleo, deudos tenías para comunicarlo con ellos, antes que cegarte y entregar tu honra á quien te ha de tratar con tanto desdén, pues esto se verifica en sus acciones, si bien lo adviertes, pues cuando más finezas te miente, trata de casarse con su prima; que vivas tan enamorada, que cuando toda la corte sabe este empleo tú sola

lo ignores. Si no mirara al lugar adonde estás, con este acero procurara acabar con tu vida, para que fuera escarmiento á otras; ¿tan ajena vives de la obediencia de nuestra tía, que has dado entrada en su casa á Leopoldo? ¿Tú habías de poner en contingencia tu honor, igualándole en sangre y calidad? Dicha ha sido tuya llegar en esta ocasión á esta corte, aunque en el ridículo traje en que me ves, para procurar con todo cuidado que Leopoldo no se burle de tí. Dime, fementida Blanca, lo que hay en este empleo para que se ponga remedio en todo, y esto sin desdecir de la verdad, pues te va en ello no menos que la honra y la vida.

Estas razones oía la afligida Blanca con los ojos puestos en el suelo y vertiendo de ellos hermosas perlas: tal se podían llamar sus lágrimas. Estaba tal la pobre dama, que no acertaba á pronunciar razón alguna; mas á persuasión de su hermano, en breves razones dijo cómo en una fiesta la vió, y aficionado de ella, supo su casa, la paseó y envió papeles, y continuando el servirla con amantes finezas, pudo merecer tener entrada en su casa dándole palabra de casamiento por cédula que allí traía firmada de su mano y con testigos. Finalmente, la dama le dijo á su hermano cuanto había, y él, por no afligirla más, la dió

buenas esperanzas de que acabaría con Leopoldo que le cumpliese la cédula. Toda esta plática había escuchado la hermosísima Margarita por la puerta que de su cuarto venía al de don Pedro, y admiróse extrañamente de que persona calificada como don Pedro, según infería de sus razones, no falto de juicio, sino muy con él, se habiese puesto en astillero de juglar, pasando plaza de tal en su casa y en la corte; ignoraba la causa de haber hecho de sí aquella transformación, si bien la dió alguna sospecha que ella podría haberla dado; por otra parte, consideraba el doble trato de su primo Leopoldo, pues trataba casamiento con ella, habiendo dado cédula y palabra á aquella dama tan principal; por salir de una y otra duda no quiso estar oculta escuchándoles, y así, salió de donde estaba, á tiempo que ni doña Blanca tuvo lugar de embozarse, ni su hermano de disimular su enojo; pero cobrándose algo, dijo: ¿Qué celada ha sido ésta, portento de la hermosura, dueño de mi alma y gobierno de mi albedrío? ¿Traiciones haceis con quien hallais descuidado? No de esa belleza tales sucesos, que será acabar la vida con un gozo, como otras se acaban con un pesar. No haya disimulos, señor mío, dijo Margarita, que ya sé que no sois lo que publicais, y que el pesar que os aflige pedía más senti-

miento á solas que donaires en público; mi curiosidad, con una punta de celosa, ha descubierto en vos fondos de lo que manifestais, y en Leopoldo, mi primo, más cautela de la que prometían sus mentidas finezas; de una vez quiero salir de la confusión en que estoy, declarándose este enigma vuestro, que así lo juzgo, hasta hallar su solución en vos; mas antes que esto yo sepa, conviene que esa dama, hermana vuestra, se pase á mi cuarto, diciendo vos á Leopoldo que de verle tardar tanto se fué con despecho de aquí, sin ser posible el detenerla, y dejadme después hacer á mí. Llévose consigo á doña Blanca, agasajándola, con que la animó á esperar mejor suceso en sus cosas del que se había prometido en el desdén de Leopoldo y la indignación de su hermano. Dejó Margarita á Blanca en compañía de sus criadas, y volvióse donde estaba don Pedro, el cual, si bien al principio se alteró con su vista y saber que había oído la deshonor de su hermana, se holgó después de que sus celos y curiosidad hubiesen descubierto el rebozo á su disfraz y hallado el desengaño de su primo. Pues con la venida de la hermosa Margarita don Pedro se alegró mucho, y así lo manifestó su semblante; ella le mandó tomar una silla, y haciendo lo mismo, comenzó su plática de esta suerte: Estoy metida en tantas confu-

siones de poco tiempo á esta parte y con tanto pesar del término doblado de mi primo, que vengo á consolarme con vos y á que me descifreis muchas cosas que hallo oscuras para mí: una es el veros remoto de esta corte, conocido fuera de ella por hombre falto de talento; otra, que como juglar y hombre de entretenimiento, os hayais introducido en parte donde teneis prenda, y más de tantas partes, como la señora doña Blanca, vuestra hermana, debiendo mirar, si sois el que sospecho en la calidad, os afrentais con daros á conocer por truhan y hombre ridículo, así en el traje que vestís como en los donaires con que entretenéis; el haberos puesto en esto es por gran causa, esa deseo que me digais, porque yo salga de muchas dudas en que estoy.

Calló con esto la bella Margarita, y don Pedro para satisfacerla dijo así: Hermosísima señora, no ignorareis, aunque no lo hayais experimentado, que amor es poderosa deidad, y que como tal, no hay humano sujeto que, si se vence de su pasión, no busque modos, invente trazas é investigue caminos para remediarla; este alado dios, á quien han rendido vasallaje cuantos sus poderosas razones han sentido, hirió con una mi pecho, viendo vuestra divina hermosura cuando pasó por Villafranca, patria mía: fui informado de quien érades, el esta-

do que esperábades tener, con mucho gusto de vuestro padre, aunque poco vuestro, por conocer la condición de Leopoldo, que verifiqué con oirlo después de vuestra boca; animóme esto, aún estando tan adelante el consorcio, á emprender esta empresa por el camino extraordinario que habeis visto; puse mi autoridad, calidad y noble sangre, haciéndome hombre de humor con la quimera que habéis oido, para que esto me introdujese con vuestro padre y con vos; ha sido mi dicha tal, que pude conseguirlo, si bien vuestro respeto enfrenó en mí el declararme con vos, temiendo que no habíades de darme crédito y ser en tiempo que vuestras bodas están tan adelante; la desdicha de mi hermana y vuestros celos han sido causa de que oigais de mí que soy don Pedro Osorio de Toledo, caballero calificado y de las dos casas de Villafranca y Astorga; hónrame el pecho la militar insignia de Alcántara, dada por muchos servicios hechos en la guerra, con esperanzas de encomendar presto. Mi estado os he dicho, mi atrevimiento también; por último, os pido perdón, disculpando amor y vuestra divinidad este yerro, que ha dado motivo para vuestro desengaño, y mi dicha haber sucedido la facilidad de mi hermana: quien la tiene á cargo su honor le cumplirá su palabra, ó yo perderé la vida sobre ello.

Admirada dejó á Margarita la relación de su disfrazado amante; y puesta en obligación de favorecer y estimar su fineza, lo cual iba ya haciendo, ofendida como desengañada con el proceder de su primo, lo que le respondió fue: Señor don Pedro, con leve causa, como es mi poca hermosura, os dispusísteis á empeño tan grande contra vuestra opinión y sangre; yo estimo la fineza, si bien no os disculpo, pues vuestras partes eran dignas de mayor empleo que el mío. Yo he sentido la poca estimación que de mí ha hecho mi primo, y así le costará el perderme, si bien creo que quien teniendo tan adelante su boda no desistía de sus gustos, daba á entender con esto que no era el suyo de casarse conmigo; bien me ha estado el desengaño antes de haber enlazado el nudo que no se puede desatar sino con la muerte; habré conocido del todo su condición y su poca fineza, como conoceré la vuestra, no me olvidando de lo que os debo. A sus piés se arrojara don Pedro á besárselos, si Margarita le diera lugar; agradeció con muchas sumisiones el favor que le hacía y prometía hacerle; lo que los dos determinaron allí fue lo que adelante se sabrá. Fuése Margarita á agasajar á su huéspeda y á poner en ejecución lo que con don Pedro habia consultado. El enamorado caballero aguardó á Leopoldo, el cual vino de allí á media hora

que su prima se había retirado á su cuarto; preguntó á don Pedro por la dama de que le dejó en guarda, y la respuesta que dió fue que viendo su tardanza se había ido, sin bastar persuasiones suyas á detenerla. Bien me ha estado el tardarme, dijo Leopoldo, pues ha resultado de esto cumplirse mi deseo, que era ver fuera de esta casa á esa mujer que ha dado en perseguirme; no he tenido poca dicha en que no se haya encontrado con mi tío, que tuviera muy mal rato con él á hablarle. Algunas preguntas le hizo don Pedro con su acostumbrado donaire para sacarle más; pero Leopoldo no se declaró del todo, si bien para don Pedro ya estaba entendido su pensamiento; y era tanto el enojo con que estaba de ver el desprecio que hacía de su hermana, que fue mucho abstenerse de manifestarlo con la espada en la mano.

Ya Margarita había vuelto á verse con Blanca, de quien más dilatadamente supo sus amores, y los verificó la cédula de casamiento que la mostró, dejándola de nuevo admirada el doble proceder de Leopoldo. Envió Margarita á llamar á su padre, y teniéndole en su presencia, á solas le dijo: Siempre fue buena razón de estado en los padres el casar á sus hijas con su gusto, pues un empleo que ha de durar toda la vida no es bien que sea sin voluntad; muchos

fían en que las condiciones de los hombres se mudan con la mudanza de estado, y son pocas las que con él tienen enmienda; y así hace mucho de su parte quien con esta obediencia cierra los ojos á aventurarse, y mucho más quien en su empleo tiene vistas premisas de cuán malo ha de ser. Mi obediencia nunca reparó, señor y padre mío, en cumplir con tu mandato, aunque conocí en mi primo Leopoldo condición tan adversa á la mía, que ella me estaba prometiendo disgustado empleo; obedecí conociendo que otros pudieran serme más de gusto, no inferiores en calidad ni riqueza; ví en tí deseos de que estas bodas se hiciesen. Despachóse á Roma, después de capitularlas, por la dispensación; y cuando en mi primo había de haber más amor y más fineza para conmigo, procede con diferente modo, pues ha dado palabra de casamiento á una dama que vereis presto en vuestra presencia. Entonces llamó á doña Blanca, á quien había dejado en su aposento, la cual salió adonde estaba el Embajador y su hija. Tomó silla con los dos, y prosiguió Margarita, diciendo: Esta dama es, señor, á quien digo que mi primo dió palabra de casamiento por escrito, y con esto le debe su honra; trae consigo la cédula que le hizo, y queriendo hablarte para darte razón de lo que pasaba en su ofensa, fue vista de Leopoldo, detenién-

dola que te viese, y encerrándola en el cuarto de nuestro huésped; y esto pudo llegar á mi noticia, y con un poco de curiosidad, por la puerta que de mi cuarto va á él, pude escuchar una plática en que he sabido todo esto; salí por esta dama, y hela traído á mi cuarto para darte noticia de lo que me has oído. La calidad de esta señora es mucha, porque es Osorio y Toledo descendiente de dos calificadas casas en España; tiene ánimo de dar cuenta á sus dudosos, que los tiene en esta corte muy notables, para que estorben mis bodas. Hasta aquí ha llegado el obedecerte como á padre; de aquí adelante no permitirás que te obedezca, porque antes tomaré un hábito en el más estrecho convento de esta corte, donde acabaré con mi vida, que yo sea esposa de mi primo.

Quedó el Embajador admirado con lo que oía á su hija; vió la cédula hecha á doña Blanca, convencióle la razón que tenía en poner por ella impedimento á las bodas que de futuro se esperaban, y determinó de despedirlas por su parte, y aún al sobrino, para que no viviesen juntos desde aquel día. Hizo retirar las dos damas, y mandó llamar á Leopoldo, y venido á su presencia, le mostró la cédula que hizo á Blanca, diciéndole si conocía aquella letra. El, turbado y perdido el color, comenzó á negarlo, más el Embajador le dijo que no lo hiciese, porque

con muchas cartas suyas le comprobarían ser una misma firma aquella y las otras. Confesó últimamente Leopoldo que ciego de afición había hecho aquello, pero que no pensaba cumplir la cédula, aunque sobre ello perdiese la vida. Había estado don Pedro oyendo esta plática encubierto y ya en diferente hábito que el que traía, con un vestido muy lucido y su hábito de Alcántara en la ropilla y capa, y oyendo esta razón de Leopoldo, sin aguardar á más, se entró donde estaba, y le dijo: Señor Leopoldo, vos mirareis mejor lo que decís, advirtiendo en la calidad de la que despreciais, pues con ella os iguala en sangre; ella es mi hermana, y por eso me toca el ampararla y defenderla si no la cumpliéredes la promesa hecha: espada traigo en la cinta y sabré con ella haceros que se la cumplais ó perdais la vida. Replicó á esto Leopoldo que ya tenía mirado en aquel particular lo que podía mirar, y que amenazas no le habían de forzar á hacer lo que no era de su gusto. Encolerizóse don Pedro, y desafió á Leopoldo; la pesadumbre se iba encendiendo más, las damas salieron á ser el remedio de todo, pusiéronse en medio de los dos, mandando cerrar las puertas porque no saliesen fuera. Con todo lo que había pasado en la pesadumbre no había reparado el Embajador en la persona de don Pedro, sino que

se creyó que había venido tras de su hermana; y el verle con lucido vestido, hábito y sin anteojos, que siempre los traía, le hizo desconocer; mas reparando más en él, conoció en que el huésped que tenía como truhan era el que desafiaba á su sobrino. Como Margarita viese que su padre no apartaba los ojos de él con admiración, cayendo en lo que podía ser, le dijo: Señor, el que miras en diferente hábito es el que poco ha traía otro bien ridículo; don Pedro Osorio de Toledo es quien con donaires nos entretenía; apaciguado este disgusto, sabrás la causa que le movió á ponerse en esa forma. En nueva admiración quedó el Embajador, y no dejara de preguntar á su hija le declarase aquello, si el ver á los dos caballeros empuñadas las espadas y en visperas de hacer aquella sala palestra de su duelo no se lo estorbara. Comenzó por blandas razones á persuadir á su sobrino que no rehusase lo que le había de estar tan bien, pues de no lo hacer se seguían tantos pesares; y que no se fiase en él, porque vista la poca razón que tenía y la ofensa que á aquella dama hacía, había de ser contra él, ayudando á sus contrarios, hasta hacerle casar. Y que en cuanto á su hija, se desengañase que no sería su esposa, porque ella no se hallaba obligada de él, con las pocas finezas que con ella había hecho. Vió-

se Leopoldo atajado por todos caminos y en víspera de perder la vida; y así hubo de condescender con lo que su tío le decía, dando de nuevo la mano á doña Blanca y abrazando á su hermano, antes desconocido, por quien era. Entonces Margarita dijo á su padre cómo aficionado de ella don Pedro, se había introducido en su casa con hábito de juglar, cosa en que se hallaba con obligaciones de premiarle aquella fineza, si en ello tenía gusto; mostróle tener su padre, y con su licencia se dieron las manos, llegando don Pedro á ver cumplido su deseo. Las bodas de los dos fueron de allí á quince días, en que asistió lo noble de la corte; hízose aquella noche una lucida encamisada, habiendo carrera pública aquella tarde. El Rey honró á estos dos caballeros, con que vivieron en España muy contentos con sus esposas.

FIN DE «EL CONDE DE LAS LEGUMBRES.»

RELACIÓN DE LAS OBRAS PUBLICADAS

EN LA

Biblioteca de Cultura Popular

La Sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, de Fr. Luis de Granada.

Cuentos de PATRIA, de varios autores.

La perfecta casada, de Fr. Luis de León.

El Alcalde de Zalamea, drama en verso, de Calderón de la Barca.

La Estrella de Sevilla, drama en verso, de Lope de Vega.

La Gitanilla, novela de Miguel de Cervantes Saavedra.

El sí de las niñas, comedia en prosa, de Leandro Fernández de Moratín.

Romances castellanos, de varios autores.

Cartas escogidas del Filósofo Rancio (Padre Alvarado).

La verdad sospechosa, comedia en verso, de Juan Ruiz de Alarcón.

Cartas y poesías, de Santa Teresa de Jesús.

Avisos y sentencias espirituales, de San Juan de la Cruz.

Leyendas pladosas, de Fr. Lope de Vega Carpio.

De la vida y de la muerte, prosa y verso, de Francisco de Quevedo y Villegas.

Pablo y Virginia, novela, de J. Bernardino E. de Saint Pierre.

Visitando á mis muertos, poema en prosa, de Isidro Benito Lapeña.

Selva de aventuras, de Jerónimo de Contreras, coronista de Su Majestad, Libros I, II y III.

Selva de aventuras, de Jerónimo de Contreras, coronista de Su Majestad, Libros IV, V, VI y VII.

Del Rey abajo ninguno, drama en verso, de Francisco de Rojas.

Tratado de la unión y caridad fraterna, del Venerable Padre Alonso Rodríguez.

Romance de pobres almas..., impresiones y esbozos, de Manuel García-Sañudo y Giraldo.

El condenado por desconfiado, drama en verso, de Fr. Gabriel Téllez (Tirso de Molina).

La inclinación española, novela, de Alonso de Castillo Solorzano.

El amor y el amistad, comedia en verso de Tirso de Molina.

Oro en Mármoles, impresiones y discursos, de Eladio Esparza.

Poema del seguro, de José Ignacio S. de Urbina.

El mi Juan, novela montañesa, de Soledad Ruiz de Pombo.

El mágico prodigioso, de P. Calderón de la Barca.

Egloga, novela, de Aurelio Bay.

El Pintor de su deshonra, drama, de José y Miguel de Liñán y Eguizabal.

Cuartillas de antaño, de Luis Martínez Kleiser.

Por la Roma épica, (impresiones de viaje), de Alfonso Pérez Nieva.

Lo grande y lo pequeño, novela, de Lorenzo Lafuente Vanrell.

La desgana de vivir, novela, de Serafin Puertas.

A toda luz, de José Rogerio Sánchez.

Cuentos de hogar, de Augusto Martínez Olmedilla.

Narraciones cántabras, de Evaristo Rodríguez de Bedia.

Orientaciones político-sociales, del Cardenal Guisasaola y Menéndez.

El estigma, novela, de Serafin Puertas.

Del país de la quimera, Historias y paisajes, de A. Manzano Garias.

El Caballero del Carmen, novela inédita, de Leopoldo Aguilar de Mera.

Cuentos piadosos, de Vicente Diez de Tejada.

Las mentiras del alcohol, de Antolín López Peláez.

Cisneros, Cervantes, Rivas, (estudios históricos y literarios), de Narciso José de Liñán y Heredia.

Amigo de Dios..., colección de cuentos, de Evaristo Rodríguez de Bedia.

Tierra que florece..., novela, de Eladio Esparza.

Historietas saludables, de Eduardo de Huidobro.

Cuentos de hogar, II, de Augusto Martínez Olmedilla.

Las paredes oyen, comedia, de D. Juan Ruiz de Alarcón.

Orientaciones político-sociales del pueblo
 y el movimiento
 El estudio de la historia
 Del que en la historia, historia y presente de la
 historia
 El Caballero del Cerro, narraciones de la
 vida de don Juan de los Rios
 Cuantos parados, el viento Dios de Tenda
 Los montes del alcohol de la historia de la historia
 Cuantos, Cuantos, Cuantos, Cuantos, Cuantos
 Cuantos, de Juan José de la historia y historia
 Amigo de Dios, colección de cuentos de la historia
 Cuantos de Dios
 Tierra que florece, novela de la historia y historia
 Historia: salidas de la historia de la historia
 Cuantos de Dios, II. de Juan José de la historia y historia
 Las paredes oyen, comedia de D. Juan José de la historia y historia
 Alarcón

Obra Social

DE LOS

PREMIOS PERSONALES

Y

FOMENTO DE LECTURAS GRATUITAS

El mercantilismo literario moderno parece inspirado por el espíritu satánico de la Revolución cosmopolita. En España, como en el extranjero, ha suscitado este mercantilismo una confusión de ideas respecto á los principios más esenciales para la salud de los pueblos, merced á la cual medran y se enriquecen empresas editoras que han hecho tabla rasa de la dignidad del escritor, de los sentimientos religiosos del pueblo, de la honestidad, que fue siempre patrimonio de las almas privilegiadas, de la honradez de la masa social, en una palabra, de todo el sentido ético, inspirador de la grande, de la gloriosa literatura española.

Con pretextos de resurgimiento ó renacimiento de nuestra literatura, ven la luz Bibliotecas en las cuales, con promiscuidad escandalosa, se publican libros de autores católicos de la mayor ortodoxia al lado de los más procaces y criminales engendros de una inspiración dementada y pestilente que bajo el nombre de *naturalismo* encubre la más punible inmoralidad con que escritores sin pudor tratan de corromper á la juventud excitando sus

pasiones, envileciéndola é inhabilitándola por tanto para la lucha por los grandes ideales.

¿Qué razón puede explicar esta convivencia, en una misma empresa, de escritores que son lustre y decoro de nuestra moderna literatura con los que la vilipendian, revolcándola en el cieno propio de dorados lupanares?

Contestaremos á esta pregunta en forma ruda, pero clara: En la mayoría de los casos, la necesidad, el hambre.

A tal escritor de grandes arreos que nace á la vida pública sin amparo, sin que le tienda su mano amiga una sociedad exprofeso fundada por los buenos para enderezar sus primeros pasos en el difícil camino de la producción literaria, le sale al encuentro el editor sin conciencia que unas veces por ignorancia, otras por maldad, pero siempre inspirado en el mercantilismo imperante, le brinda protección económica. He aquí el lazo hábilmente tendido al joven inexperto, el cual, como en tela de araña, formada por el oro deslumbrador, se verá preso por toda su vida, contribuyendo, mal de su grado, al engrandecimiento económico de una empresa, sembradora de infamias, que repugna á sus sentimientos generosos, á sus ideas religiosas, á su dignidad de escritor. He aquí al moderno siervo de las letras que, sin redención posible, ha de colaborar como compañero en un hogar mismo con los que deshonran al arte poniéndole al servicio de las más bajas concupiscencias.

Y no pidamos á estos escritores esclavos el heroísmo de romper la cadena que á ciertos editores les ata. Bastante harán, si lo hacen, con no vender su conciencia y seguir escribiendo, sin renunciar al ideal, que ya esto supone un heroísmo. No perdamos de vista que el bueno necesita también ambiente propio y lo humano es caer en la tentación cuando es hostil el medio en que se vive. ¡Cuántos y cuántos habrán claudicado en esta atmósfera en que no ven ámplios horizontes económicos sino haciendo de su conciencia una vil mercancía!

Como siempre es el mal engendrador de nuevos males, estos esclavos del editor escéptico, producen otros nuevos esclavos, pues contribuyen con sus obras á enriquecer empresas divulgadoras de errores é inmoralida-

des que esclavizan y envilecen las almas y destruyen la salud de los cuerpos.

Pero ¿es que la sociedad presente, sobre todo los católicos, pueden presenciar impávidos este inminente peligro que amenaza dejarnos sin lecturas recreativas honestas, más aún, sin escritores libres, conscientes de su misión altísima, sin hábiles sembradores del bien que combatan á nuestro lado por Dios, por la Patria y por esta misma Sociedad que es empujada por tales derroteros á la catástrofe más espantosa?

¿Es que muchos escritores que de buen grado resistirían á las seducciones de tal Editor que no ve en la obra literaria sino una mercancía y en el autor una inteligencia á explotar, han de quedar irredentos, amarrados al duro banco de la empresa explotadora que los trabajará de continuo para que abandonen sus santos ideales y den gusto á la depravación humana que pide obras excitadoras del vicio, esas obras que alcanzan el mayor éxito en los mercados?

Este abandono sería criminal y un estigma de ignominia para las personas honradas que lo consintieran.

Los católicos, es más, las personas decentes, tenemos el deber de redimir á estos modernos esclavos y desecar, en cuanto nos sea posible, esas ciénagas pestilentes de la literatura pornográfica y sicalíptica.

¿Cómo ha de hacerse?

Tenemos una base que puede servirnos á maravilla para realizar el milagro.

De monumento levantado á la sana literatura contemporánea, por la generosidad de muchos católicos españoles, califican cuantos saben pensar alto y sentir hondo, la colección de *Biblioteca PATRIA de obras premiadas*, la cual cuenta hoy afortunadamente con más de un centenar de obras, que van siendo solicitadas por un público que quiere saborear las lecturas honestas; esas lecturas que—sin las flojeces que, aunque respetables por su intención, hacen ineficaz á la producción literaria llamada blanca para combatir las naturalistas y obscenas—procuran mantenerse en aquel medio artístico que presenta el vicio en su repugnante desnudez y la virtud con aquella simpática y atrayente aureola que la hace amable aun á

las inteligencias extraviadas y á los corazones corrompidos. Este medio artístico en que se inspiraron los clásicos, ha hecho triunfar en toda la línea á la *Biblioteca PATRIA*, una de las más preciadas obras del *Patronato Social de Buenas Lecturas*. Porque hay que desengañarse: la procacidad y la desvergüenza están reñidas, cierto, con el arte verdadero; pero no lo están menos la flojez insulsa y la pueril vacuidad que una crítica simple y pacata quisiera traer á la moderna novela española, la cual con harta razón sería desdeñada por el público español acostumbrado á saborear el arte excelso de nuestros clásicos y de sus seguidores, cada uno de los cuales, bien que ayunos de flojeces, ha sido por lo común un gran moralista.

No ha llegado, sin embargo, esta obra de saneamiento literario al límite de sus aspiraciones. Larga y penosa experiencia ha enseñado á sus fundadores que falta aún mucho camino que andar para el logro de sus santos propósitos.

Arrancar de los hogares esas semillas de depravación con que muchos escritores modernos tratan de prostituir á la juventud, destruyendo á la vez los vínculos de la familia al destruir las costumbres cristianas, no es obra de un día, sino labor de tiempo, labor de libros sanos distribuidos en inmensas ediciones, á ser posible, gratuitas.

No es, por desgracia, en nuestra época de crudo positivismo, suficiente acicate para el artista, siempre generoso, el puro ideal que en otros tiempos le hiciera amar el bien por la belleza y santidad del bien mismo. Hoy, salvo excepciones honrosas, es el éxito económico la musa inspiradora de nuestra juventud literaria. Las sectas anticristianas han herido en la médula hasta ese punto á las sociedades modernas. Preciso es, por consiguiente, subvertir los términos en que el problema parecía estar planteado para nuestros escritores. Necesario es que el éxito esté para ellos en nuestro campo, en el campo de los que aman el bien, de los sustentadores de la verdadera belleza en el arte, en una palabra, en el campo de los católicos. Para ello basta querer. Pero la sociedad presente está atacada de una somnolencia y de una abulia desconsoladoras y los llamados á estas luchas

necesitamos despertarla, fortaleciendo de algún modo la enferma voluntad de unos y de otros.

¿Quién ha de hacerlo? Esta es la misión de los elegidos, de los incontaminados, de las personas de acción social, de aquellos católicos y católicas amantes del bien hasta el sacrificio.

¿Cómo ha de hacerse, repetimos?

Una obra bien conocida ya, la *Obra social de los Premios personales y fomento de lecturas gratuitas*, viene llamando á las puertas de los hombres de buena voluntad y golpeando en ellas con rudo y enérgico toque les grita: Levantad vuestros corazones á la altura de las circunstancias, á la altura que de vosotros demandan las necesidades de la época, para que la sociedad en que vivis se levante también del fango de las concupiscencias en que se ahoga, y en el cual la perversidad de escritores sin pudor quiere que se revuelquen vuestros inocentes hijos. Redimidlos con vuestra generosidad de la atmósfera de cieno pestilente en que se asfixian. Fundad un *Premio personal*, según el Reglamento de esta institución, ya para premiar generosamente las mejores obras inspiradas en la moral cristiana,—orientación única que eleva y dignifica al verdadero arte literario al par que á los pueblos,—ó bien para editar obras de sanos principios en vastas ediciones gratuitas.

Penetraos del santo fin de la *Obra social de los Premios personales*; identificaos con ella y podréis decir ante Dios y ante los hombres con la conciencia tranquila: Lejos de poner mi mano como piqueta demoledora sobre la sociedad cristiana, lejos de cruzarme de brazos abandonando con punible indiferencia á mis hermanos ante la ola de cieno que avanza, mi entendimiento, mi voluntad y mis recursos económicos los he puesto al servicio de los que esparcen estas buenas semillas que han de restaurar en el bien la literatura contemporánea. Gracias al **Premio que he fundado** y que otros fundarán á mi ejemplo, el escritor que por instinto ama el bien como ideal del arte, aunque por natural egoísmo humano busque el éxito económico, podrá romper la odiosa cadena que le ata á la casa editorial escéptica, se decidirá á orientar sus obras por el camino de las virtudes, hará

correr su pluma por el sendero del bien, inspirará su mente en la moral católica, santo ideal que ha de salvar á las sociedades del abismo abierto ante sus plantas; gracias á mi esfuerzo, el alimento intelectual de mis prójimos,—tal vez el de mis propios hijos,—divulgado gratuitamente, no envilecerá ni prostituirá sus almas.

A obra tan grande y tan acepta á los ojos de Dios os invita el *Patronato Social de Buenas Lecturas*.

Realizadla; y como dice el ilustre autor de *Los Baños del libro*, el sabio Prelado tarraconense, apóstol de las buenas lecturas, refiriéndose al nombre del buen protector de la propaganda católica, «lo recordarán, elogiarán y bendecirán, los entendimientos que su lectura ilumine, los corazones que mueva, las almas que fortifique y alimente.»

NOTA.—Todos los católicos que se sientan movidos á la fundación de un Premio de su nombre para el fomento de las buenas lecturas, según el espíritu de esta obra, pueden pedir cuantas noticias deseen, al Director de la misma, oficinas del *Patronato Social de Buenas Lecturas*, Fuencarral, 138, 1.º, decha., Madrid.

REGLAMENTO

DE LA

Obra Social de los Premios Personales

Y FOMENTO DE LECTURAS GRATUITAS

CAPÍTULO I

Objeto de la Obra.—Título.—Fundadores.

Domicilio.

Artículo 1.º Con objeto de combatir y extirpar, si posible fuera, la literatura pornográfica y la sicaléptica que infesta nuestros mercados y lleva á los hogares gérmenes de destrucción de la familia y de envilecimiento de la raza, y para estímulo de los escritores y divulgación de las buenas lecturas, se funda bajo el título de *Obra Social de los Premios Personales y fomento de lecturas gratuitas*, una institución llamada á ejercer grande influencia cristiana y educadora en la cultura nacional.

Art. 2.º A este propósito la Dirección de la Obra excitará constantemente á las personas que crea obligadas por su honradez y posición económica á ejercer funciones de tutela en la sociedad contemporánea, para que instituyan *Premios personales* con destino á los autores de libros morales y castizos, y á la edición de obras de sanas lecturas, que verán la luz en la *Biblioteca PATRIA de obras premiadas* ó en otra de cultura popular y gratuita.

Art. 3.º Serán, pues, *Fundadores* de esta grande obra, contribuyendo á sus altísimos fines, cuantos patrio-

tas y buenos cristianos de ambos sexos deseen que la producción literaria, genuinamente española, vuelva á correr, libre de toda clase de pestilencias, por sus antiguos cauces, limpia y gloriosa, para honor de España y encumbramiento de la raza.

Art. 4.º Teniendo presente que es un deber de alto patriotismo procurar una estrecha federación de índole moral entre las repúblicas latino-americanas y su antigua metrópoli, podrán ser también Fundadores,—instituyendo *Premios designados con sus nombres*,—cuantas personas residentes en la América latina quieran pertenecer á esta Obra.

Art. 5.º También deberán ser *Fundadores de Premios Personales*; además de las personas de ánimo generoso y levantado, atentas á la necesidad de las buenas lecturas, que elevan á las sociedades y enaltecen á los individuos, las entidades ó personas jurídicas—municipios, asociaciones de interés general, bancos, sociedades de crédito, industriales, mercantiles, agrícolas, etc., etc., (con cargo á sus presupuestos de propaganda estas últimas)—que, inspiradas en los mismos elevados principios y sentimientos, deseen fomentar con su concurso estos propósitos moralizadores y patrióticos, obteniendo así las simpatías y el aplauso del público para sus empresas y el mejoramiento y prosperidad de sus negocios.

Art. 6.º Esta Obra establecerá su domicilio en la calle de Fuencarral, núm. 125, 1.º, dcha., de esta Côte, y en el que pueda tener en el porvenir el *Patronato Social de Buenas Lecturas*, de cuyas excelentes obras forma parte.

CAPÍTULO II

De los Premios personales.—Sus clases, Su concesión y destino.

Art. 7.º Toda obra premiada y toda edición de propaganda gratuita llevarán en las cubiertas y en la primera página de sus ediciones, en una *Cartela ó cuadro de honor*, el nombre de la persona que haya fundado el

premio para que sirva de ejemplo á los buenos cristianos y buenos patriotas, y demuestre á la generación presente y á las venideras, que supo cumplir con su deber social, proveyendo, con elevación de miras, á la necesidad más perentoria de la época moderna, cual es la protección á los buenos autores y la propagación gratuita de libros morales, para sanear el alimento intelectual de las sociedades modernas que los enemigos de Dios y de la patria envenenan con toda clase de errores corrompiendo las conciencias y envileciendo los espíritus.

Art. 8.º Las futuras ediciones de autores premiados *llevarán á perpetuidad en la portada el nombre del Fundador* del premio, aunque sean costeadas por otras personas.

Art. 9.º Estos *Premios personales* se destinarán en todo tiempo y en primer término á fomentar las buenas lecturas recreativas, en razón á ser éstas las más buscadas y por ende, las que mayor influencia ejercen en la formación de la conciencia humana y en las costumbres públicas y privadas.

Art. 10. Los premios habrán de ser de dos clases: 1.º *Premios para autores*; 2.º *premios de propaganda ó de cultura popular gratuita* para la tirada de sucesivas y grandes ediciones de libros clásicos y morales de los mejores publicistas antiguos y de los modernos.

Art. 11. Los premios podrán ser *Perpétuos, Vitalicios y Temporales*.

Art. 12. Los Premios *Perpétuos* no podrán constituirse sino mediante la entrega, en una institución de crédito de la absoluta confianza del Fundador, de un capital cuya renta responda á su importancia. Ejemplo: para constituir un premio anual perpétuo de mil pesetas será necesario imponer en la Caja que el Fundador designe un capital de veinte mil pesetas al cinco por ciento de interés mínimo. En la misma proporción de interés se impondrán los capitales para premios mayores ó menores. Cada año se premiará con esta renta al autor del libro que los Censores y el Director de esta obra entiendan lo merece, ó en su defecto se editarán ó reeditarán obras de sanas lecturas para repartir gratuitamente.

Art. 13. Los Premios *á perpetuidad* podrán insti-

tuirse desde el día ó por disposición testamentaria, consignando en la cláusula de fundación: que el capital ingrese en una determinada institución de crédito; que anualmente esta institución haga entrega de los intereses al Director del *Patronato Social de Buenas Lecturas* y éste á su vez al autor de la obra que la Censura señale. La acumulación de capitales é intereses, podrá servir en su día: 1.º para la rescisión de los contratos de autores con empresas no católicas, lo que supone la liberación de estos escritores que ingresarán en el campo del catolicismo, no prestando más su concurso á empresas demolidoras de la moralidad pública y del orden social; 2.º—y en defecto del primer caso—para editar ó reeditar mayor número de obras, llevando éstas al frente, en las portadas y en cartela ó cuadro de honor, el nombre del Fundador.

Por la fundación de estos premios perpétuos seguirán realizando sus fundadores un bien social inmenso aun después de su muerte y vivirán con gratitud en la memoria de las generaciones venideras.

Art. 14. Como su nombre indica, se denominarán Premios *Vitalicios* á los que se instituyan para premiar ó editar obras buenas durante la vida del Fundador. Estos premios se concederán á los autores según su importancia pecuniaria, anualmente, ó cada dos años, si hubiere acumulación (art. 20.)

Art. 15. Se entenderán por Premios *Temporales* aquellos que se funden por uno ó varios años para premiar las mejores obras que se presenten cada año por el orden de prelación que se indica en el artículo 21.

Art. 16. Los Premios *Temporales* y los *Vitalicios* podrán ser transformados en Premios *Perpétuos* por disposición testamentaria de sus fundadores. (Arts. 12 y 13.)

Art. 17. Conviene la institución de los Premios de *Propaganda*, para la difusión de las buenas lecturas, ante todo, al bien común y asimismo, particularmente, á las empresas industriales, fabriles y comerciales de todas clases, pues, además de ser una acción digna del mayor aplauso que les ha de reportar las simpatías del público, constituyen un gran reclamo para su particular negocio, de mayor efecto que ningún otro anuncio.

Art. 18. Agotadas que sean las ediciones de la *Biblioteca PATRIA*, ú otras de *cultura popular gratuita*, los industriales y comerciantes pueden constituir Premios de la razón social de sus casas con carácter de anuales para asegurarse así, al menos, un reclamo anual de esta especie, que tanto les interesa conservar.

Art. 19. El criterio de justicia que prevalecerá,— dentro de lo que hagan posible las circunstancias,— para la concesión de premios á los autores es el siguiente:

Los premios más importantes se concederán:

1.º A la firma más acreditada, cuando se trate de verdadera obra de arte.

2.º A la mejor obra de arte, aunque la firma no esté consagrada por la crítica y el aplauso público.

3.º A las mejores firmas, en igualdad de circunstancias de las obras.

4.º En casos excepcionales y circunstanciales difíciles de prever en un reglamento, la Dirección obrará en términos de prudencia, y siempre con arreglo á los altos intereses de la Obra.

Art. 20. Cuando la firma de un autor sea bien acreditada y merezca la obra un premio mayor que los fundados, porque el número de páginas traspase los límites de la novela corta, por el mérito excepcional del escrito ó por cualquier otro título, se podrán acumular dos premios de la misma persona para su concesión. Cuando, á la inversa, no tuviere mérito suficiente alguna obra, podrá dividirse en dos el premio.

Art. 21. Siempre que lo consienta la importancia y valía de las obras á premiar, los premios se concederán á los autores por el orden de prelación en que hayan sido constituidos.

Art. 22. Una vez adjudicados á los autores los Premios Personales ó parte de premios que con los elementos hoy disponibles puede discernir la Obra cada año, el remanente de los constituidos se destinará á premios de propaganda, ó sea á reediciones especiales de obras agotadas, ó á la edición, en *Biblioteca de Cultura Popular gratuita*, de buenos libros clásicos ó modernos de gran moralidad, en cuyas cubiertas se hará constar que estas ediciones han sido hechas á expensas del premio consti-

tuido por el generoso fundador de que se trate. De una parte de estas ediciones podrán disponer los Fundadores para destinar ejemplares á los centros que deseen y en los cuales sea más eficaz la propaganda de lecturas sanas.

El resto lo repartirá gratuitamente el *Patronato Social de Buenas Lecturas*, entre sus miembros para que estos á su vez lo distribuyan á las clases populares.

CAPÍTULO III

De los Censores de la Obra.—Garantías de los Fundadores.

Art. 23. La índole benéfica y social de esta Obra y su carácter de perpetuidad exigen garantías morales y económicas para los fundadores, que deberán ser satisfechas. Al efecto, y por lo que concierne á la parte moral, esta Obra estará sometida siempre á la autoridad de la Iglesia, nuestra madre y maestra.

Art. 24. El Director de la Obra nombrará Censores literarios, encargados de examinar y aprobar las obras que opten á los premios, y cuando entre éstos no hubiera conformidad respecto al mérito para la concesión del premio á alguna de ellas, decidirá el voto del Director.

Art. 25. Para evitar compromisos á los Censores y para que en sus veredictos no pesen nunca influencias de ningún género, se reservarán en absoluto sus nombres.

Art. 26. Los Censores literarios cobrarán con cargo al *Patronato Social de Buenas Lecturas*, y como dietas, treinta pesetas por la lectura de cada obra premiada.

Art. 27. No se concederá por los Censores premios menores de 125 pesetas, y ésto cuando se trate de novelas cortas y de autores noveles—que por la sola publicación de sus libros obtengan ya ventaja en su comenzada

carrera literaria,—ó de meras traducciones en corriente castellano (1).

Art. 28. El fallo de los Censores es inapelable y ningún autor podrá ejercitar derecho alguno contra él.

Art. 29. La Dirección de la *Obra Social de los Premios Personales* deberá remitir en pliego certificado á los fundadores de los Premios el recibo de cada autor, que acredite la entrega de la cantidad consignada, para lo cual se extenderán recibos duplicados, uno con el destino expresado y otro que se archivará en las oficinas del *Patronato Social de Buenas Lecturas*.

Art. 30. A los Fundadores de *Premios de Propaganda*, ya sean particulares ó pertenezcan á las industrias, al comercio, etc., se remitirán también en paquetes certificados ó por ferrocarril ejemplares de la edición que corresponda á sus premios, para que puedan donarlos á centros ó bibliotecas en donde, según su criterio, más falta hagan las buenas lecturas; haciendo á la vez más eficaz el efecto de la propaganda.

Art. 31. Si en el porvenir esta institución dejase de publicar Obras premiadas, por circunstancias ajenas á la voluntad de sus Directores y que no pueden preverse, el *Patronato Social de Buenas Lecturas* queda obligado á destinar los intereses de los capitales colocados al fomento de obras permanentes de propaganda social, prefiriendo siempre las que hoy publica ó pueda publicar el men-

(1) Contestamos en este lugar á algún crítico que ha manifestado su extrañeza porque «Biblioteca PATRIA» publica traducciones, no obstante su título, y hacemos constar que así se procede para contrarrestar las malas traducciones que tienden á contrahacer nuestro idioma, ocasionando á la lengua y á la moral pública daños inmensos. El público quiere conocer autores extranjeros; conózcalos enhorabuena, pero morales y vertidos al castellano con el cuidado posible. Sobre todo para nuestros hermanos los lectores de América tiene esa tendencia un valor patriótico imponderable, que repercute en España, porque allí se importan por los enemigos de su independencia, traducciones detestables sobre toda ponderación, con el perverso fin de desnacionalizar ó desespañolizar á aquellos países, corrompiendo á la vez que las costumbres, la lengua de sus descubridores. Allí sólo deberían leerse, para su bien, libros españoles de sanas tendencias; más aún, editados en España.—*N. de la D.*

cionado *Patronato*, y haciendo constar en todas ellas que con esos capitales se han introducido mejoras en sus obras y dejandó consignados en las mismas para perpétua memoria, los nombres de sus generosos Fundadores.

Art. 32. Para el caso improbable de que el *Patronato Social de Buenas Lecturas* dejase de publicar sus obras, los Fundadores de los Premios á *perpetuidad* deberán señalar en sus disposiciones testamentarias el destino que haya de dársele al capital de fundación.

Art. 33. En todo tiempo podrá la Dirección del *Patronato Social de Buenas Lecturas* ampliar y modificar estos Estatutos, entendiéndose que sus modificaciones no deberán afectar nunca á la esencia moral de ellos y sólo se harán en el sentido de progreso y en interés del fomento de las buenas lecturas, fin único de estas nobilísimas fundaciones.

AL QUE LEYERE

Tú, amable lector ó lectora, á cuyas manos llegue este libro, después de leído medita un rato sobre la siembra de las buenas ideas, de las sanas doctrinas que te propone la *Obra Social de los Premios Personales*; piensa en que tú mismo, cuya posición económica debes á Dios, estás llamado á evitar los tremendos daños que los malos libros causan á tus prójimos; piensa que toda persona de fortuna tiene por su misma riqueza un implícito deber de tutela sobre la sociedad, menor perpétuo; sobre la juventud desapercibida á quien corrompe, enferma y envilece la deshonesta novela, el cuento procaz, que con avidez lee á espaldas de los honrados padres. Piensa acerca del deber de los afortunados, de quienes dice lo siguiente un docto catedrático español (1):

«Nada mejor que el empleo (el cómo y el en qué) de la riqueza, pinta al hombre que la posee: á mayor alteza del fin á que se destina, mayor ennoblecimiento del trabajo y del hombre; por ello el rico que hace de su fortuna amparo del necesitado, *medio para la propagación de la cultura y de la moralidad* (cual es nuestro caso), escala para la ascensión de los humildes, instrumento

(1) D. Amando Castroviejo, en sus artículos sobre «Mutualidad escolar», *Revista Católica de Cuestiones Sociales*, núm. de Diciembre 1912.

para pontencializar las fuerzas de la Patria ó para conseguir grandes y generosas empresas humanitarias adquiere en la pública consideración estima y alabanza que no consigue el egoísta poseedor de inmensas riquezas destinadas á su personal uso, á la satisfacción de goces materiales, tal vez á herir con insolente lujo la pobreza de sus convecinos, si es que no se sirve de esa misma riqueza (don de Dios para el bien) para corromper la virtud ó mantener un enjambre de viciosos parásitos aduladores. »

No eres tú, ciertamente, amable lector ó lectora, de los últimos, sino de los primeros. Por ello no debes olvidar que puedes, y está en tu mano llenar esa hermosa misión de tutela que Dios ha impuesto á los ricos, —evitando inmensos daños á las almas y á los cuerpos — al dejar tu nombre escrito en libros más duraderos que la piedra y el bronce, en libros bienhechores, en los cuales resplandecerá tu memoria y un santo y altísimo ejemplo de tu vida que han de bendecir é imitar las futuras generaciones. Sembrar las semillas del bien es el bien más alto que puede recoger el hombre generoso y bueno, que sabe honrar á Dios y amar á sus semejantes, pues en él van realizadas las tres primeras obras espirituales de misericordia.

Lee el Reglamento de los *Premios Personales*, y en ese documento verás toda la grandeza de esta Obra. Verás también el modo en que puedes secundarla.

Movido que sea tu corazón por tan noble y generoso impulso, no lo dejes para luego; aprovecha la inspiración del bien que sólo envía Dios á las almas privilegiadas; firma la siguiente Carta provisional de fundación, enviándola al Director de la *Obra Social de los Premios Personales*.

Y, una vez fundado el *Premio de tu nombre*, sentirás la grande satisfacción del deber cumplido: habrás dado un buen ejemplo que imitar á los que tienen mayor fortuna que tú, y habrás esparcido sobre la sociedad las semillas de la moralidad y de la honradez.

LA DIRECCIÓN.

CARTA PROVISIONAL DE FUNDACIÓN (1)

D. provincia de calle domiciliado en (2)

núm. se propone fundar un premio de su nombre de Pas. anua-
les, y para ello ruega á la Dirección de la *Obra Social de los Premios Personales* se sirva remitirle una Carta
de fundación que llenará y devolverá á esas oficinas, con los detalles oportunos.

Firma.

(1) Oórtese esta Carta provisional por la línea de puntos, y envíese bajo sobre y franqueado como carta á la calle de Fuencarral, 125, 1.º, dcha., MADRID, á nombre del Director. (2) Los fundadores de América indicarán en carta, la República, Departamento, etc., en que tengan sus domicilios.

Srta. Santina Rovera, (Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Divisibles en dos ó más premios en caso necesario.

Srta. María del Pilar Rovera, (Coruña), un premio temporal de 1.000 pesetas anuales, en honra de sus finados. Divisibles en dos ó más premios en caso necesario.

Sr. D. Narciso Nores Salgado, Marín (Pontevedra), un premio temporal de 500 pesetas.

Sra. D.^a María Teresa Ventoso, Icod (Canarias), un premio temporal de 125 pesetas anuales, en memoria de sus parientes difuntos.

Excma. Sra. Condesa de Sietefuentes, Icod (Canarias), un premio temporal de 200 pesetas anuales.

Sr. D. José Tartiere, Oviedo, un premio temporal de 200 pesetas anuales.

Sres. Domecq, Jerez de la Frontera, un premio de 500 pesetas anuales.

Sra. D.^a Teresa Ballester, Viuda de Martí, (Barcelona), un premio temporal de 500 pesetas, en memoria de su esposo D. José M.^a Martí y Coll.

Sr. D. José M.^a de Saracho, (Bilbao), un premio temporal de 100 pesetas anuales.

Excmo. é Iltmo. Sr. D. Antolin López Peláez, Arzobispo de Tarragona, un premio temporal de 500 pesetas anuales.

Srtas. Maria Benito Torres (Madrid), Teresa García Benito (Avila) y María Jiménez Benito (Avila) tres premios de 350 ptas., 300 ptas. y 350 ptas. respectivamente, en memoria de su abuelá difunta la Excma. Sra. Doña Teresa Domínguez de Benito.

Preciso es rendir á estos excelentes católicos, á estos buenos españoles, el homenaje de nuestra admiración, pidiendo á Dios que fructifique su nobilísimo ejemplo.

Las ediciones económicas publicadas á expensas
de la OBRA SOCIAL DE LOS PREMIOS PERSO-
NALES Y FOMENTO DE LECTURAS GRATUÍ-
TAS, no se venden, se regalan á los numerosos
miembros del PATRONATO SOCIAL DE BUE-
NAS LECTURAS en proporción á los concursos
que prestan á esta obra de sana divulgación, para
que nuestros asociados, á su vez, las repartan al
pueblo gratuitamente y contribuyan todos en la
medida de sus fuèrzas á la elevación de la cultu-
ra nacional, moralizando el alimento intelectual
= = de nuestros compatriotas. = =

Worms in the soil. The soil is very rich in worms. The worms are very small and are found in the soil in great numbers. The worms are very small and are found in the soil in great numbers. The worms are very small and are found in the soil in great numbers.